

CAPÍTULO VI

Ecos de la capital

I

GRANDE agitación reinaba en Madrid al comenzar el mes de agosto de aquel memorable año 1812, tan fausto para la causa de la independencia española.

La capital de España volvía á presentar aquel aspecto de loca alegría, tan pronto trocada en desesperada rabia, que precedió á la tremenda rota de Ocaña, cuando, confiados los españoles en el magnífico ejército puesto á disposición de Areizaga, vieron en un momento deshechas todas sus esperanzas, gracias á la funesta incapacidad de aquel imbécil y menguado general.

Pero ahora no se trataba ya, como en el célebre día de Santa Ana de 1809, de una batalla que debiese ganar un Areizaga, sino de un triunfo decisivo alcanzado por Wellington.

Las guerrillas tenían bloqueado á Madrid, siéndole imposible á ningún francés pensar siquiera en poder asomarse á sus cercas. Todos los caminos y carreteras estaban ocupados por las partidas, y no había más remedio que esperar á que saliese José para ir con él, aprovechándose de la escolta que llevaría.

Los afrancesados iban por las calles mendigando un gesto de protección, pero sin encontrar más que rostros burlones y miradas de desprecio.

Había desaparecido todo linaje de temor á los sol-

dados y polizontes, y nadie se recataba de entregarse á la mayor expansión y de hablar y cantar cual si la capital fuese otra vez española.

Un numeroso gentío acudía á las puertas por donde se suponía había de entrar el ejército de Wellington, oyéndose los más punzantes dicheos y tremebundas proposiciones para cuando hubiese llegado.

Por fin, el día 11 de agosto supose que José Napoleón abandonaba la corte, seguido de un numeroso convoy, del cual formaban parte los que tenían sus razones para no esperar que la villa estuviese otra vez regida por los buenos españoles.

El pobre Bonaparte *ainé* había designado el Tajo como punto de parada, contando con establecerse en Toledo.

Al día siguiente evacuaron la villa las tropas de la guarnición, dejando sólo 200 hombres en el Retiro para custodia de los enfermos y heridos, que nada tenían que temer, por otra parte.

A las diez de la mañana un repique general de campanas anunció que se divisaban ya las fuerzas libertadoras, apareciendo en un momento adornadas con colgaduras todas las casas, presentando un admirable golpe de vista.

El pueblo entero ocupaba las avenidas de la puerta de San Vicente, hirviendo de impaciencia

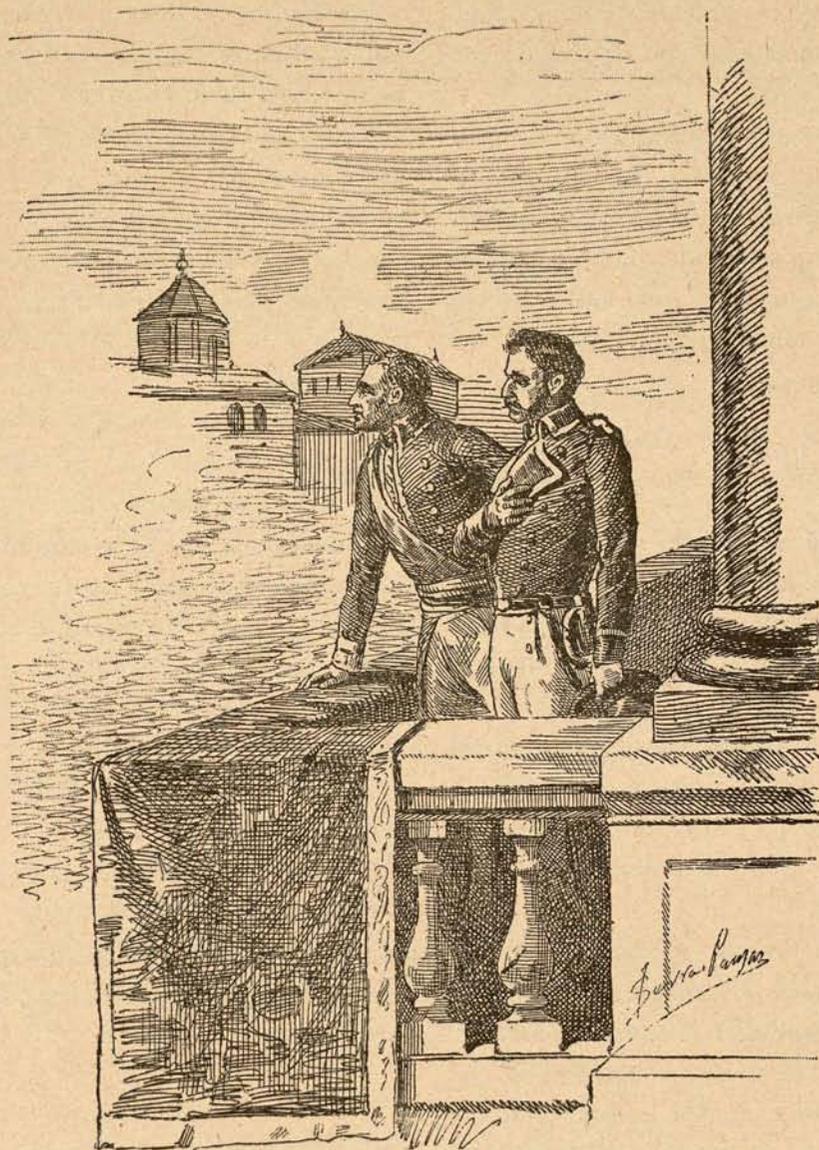
para ver cuanto antes á los valientes soldados que luchaban por la santa causa.

Una inmensa aclamación de frenético entusiasmo acogió á los primeros que penetraron en la villa.

¿Cómo no, si eran el ilustre *Empecinado*, y con él

Palarea, Martínez, Abril y otros heroicos guerrilleros?

Aquellos eran los hombres cuyas hazañas homéricas corrían de boca en boca; los que tantas veces habían humillado á los mejores generales del Impe-



... salió Wellington á uno de los balcones, acompañado del *Empecinado*...

rio; los bravos, los invictos hijos de España que tan altos servicios habían prestado á la patria. Ellos eran: los hombres de la guerra implacable, el terror de los regimientos enemigos, el ídolo de los pueblos.

A poco de haber entrado *el Empecinado*, llegó el grueso del ejército, yendo á su frente el gran Wellington, cuyo solo nombre bastaba en aquella época para inspirar el más ardiente entusiasmo.

El Ayuntamiento, nombrado ya desde el día antes, salió á recibirle, prodigándole toda suerte de demos-

traciones de agradecimiento, que el duque rechazó con rara modestia.

Wellington, en efecto, se pagaba muy poco de exterioridades y no pecaba ciertamente de vanidoso ni de finchado. Era, sí, muy serio y frío, pero no ambicionaba los ruidosos aplausos de la popularidad.

El pueblo presenció luego, cada vez más poseído de alegre júbilo, el desfile de las magníficas tropas inglesas, sin cesar un momento los atronadores /Vi-

vas!, colmando al propio tiempo á los soldados de cuantos obsequios permitía el triste estado en que se encontraba la capital.

La inmensa multitud se trasladó luego á la plaza de Palacio, donde se hospedaba el general inglés.

Ante las continuas aclamaciones de que era objeto, salió Wellington á uno de los balcones, acompañado del *Empeinado*, á quien abrazó con no fingida cordialidad.

Esto produjo una indescriptible explosión de entusiasmo, redoblándose los *¡Vivas!* y no cesando los gritos con que eran vitoreados uno y otro caudillo.

¡Tierna escena la que presencié aquel día la capital de España! ¡Digno motivo el que hacía vibrar todas las fibras del sentimiento y confundía en una sola todas las aspiraciones!

II

El mismo día apareció nombrado gobernador de la plaza el célebre conde de España, único general, como dijimos, que se hubiese encontrado en Arapiles, además de D. Miguel Alava, agregado al cuartel general del duque.

Lord Wellington mandó que al día siguiente fuese solemnemente proclamada la Constitución debida á la sabiduría de las Cortes de Cádiz, como así se hizo, presidiendo el acto el general Alava y ¡oh irrisión! el conde de España.

Acto seguido mandóse prestar el juramento por parroquias, acudiendo todos los vecinos con el mayor entusiasmo y espontaneidad. Todos juraban en alta voz y con enérgica convicción, viendo en el código de las Cortes de Cádiz no sólo la expresión de su dignidad y la garantía de sus derechos, sino el símbolo de la fidelidad á la patria.

D. Carlos de España cumplió aquel deber en Santa María de la Almudena, haciendo un extravagante discurso y accionando como un energúmeno, jurando que defendería la Constitución hasta derramar la última gota de sangre, y haciendo mil exageradas protestas de su frenética pasión por la ley fundamental de España.

Esto desagradó á los madrileños, que desde el primer momento sintieron que se hubiese confiado á aquel hombre el gobierno de la capital.

Wellington, que por algo era llamado *el Duque de Hierro* (Iron-Duke), no se durmió sobre sus laureles,

y, siempre práctico y sobre aviso, dispuso que se procediese sin tardanza á la toma del Retiro, convertido en ciudadela por los franceses.

Así es que aquella misma tarde del 13, y mientras se procedía al juramento de la Constitución, mandó á Packenham que empezase el ataque.

Habían los franceses hecho tabla rasa en aquel ameno sitio de cuantas bellezas y primores habían acumulado en su recinto Felipe IV y Fernando VI, destruyendo los mejores edificios y devastando las notables obras de arte que los adornaban, al fin como cosa que no era suya y que podía quizás oscurecer ó, cuando menos, distraer la admiración de los Versalles y Saint-Clouds, que algo había también de envidia y de soberbia en muchos de los actos de los invasores.

Packenham se presentó en el Prado, y sin gran trabajo se apoderó del primer recinto, compuesto del Palacio, el Museo y las tapias, vivaqueando allí.

Al amanecer del 14 acometió el segundo recinto, formado por una línea de nueve fuertes, construídos, á modo de obra de campaña, con un rebellín y una media luna; pero, después de una corta defensa, capituló el gobernador coronel Lefond, sin ánimos para prolongar la resistencia á pesar de contar con un tercer recinto, consistente en una estrella de ocho puntas que circunscribía la casa de la China.

Quedaron en poder de los aliados, de resultas de la capitulación, 2,506 hombres, apoderándose, además, de 189 piezas de artillería, algunos miles de fusiles y considerables existencias de municiones de boca y guerra.

III

Una porción de ganapanes y perdidos había admitido la proposición de entrar al servicio del rey intruso y formaban un regimiento de guardias, á los que dió el pueblo en llamar *jurados*, sin duda en vez de perjuros. Tal laya de personajes estaban terriblemente azorados á causa del nuevo orden de cosas, no llegándoles la camisa al cuerpo. Había, además, en Madrid, no pocos que se habían pasado al bando de José, y era natural que no las tuviesen todas consigo.

El general Alava, poseído de generosos sentimientos y deseoso de atraer á la causa española á los jurados, muchos de los cuales habianse alistado por

pura miseria, como sucederá siempre para aceptar los más odiosos empleos, dió una proclama ofreciendo olvido y perdón, dando por resultado que á las pocas horas se presentasen más de ochocientos jurados, entre soldados y oficiales, pidiendo se les destinase donde pudiesen servir honradamente á la nación.

Este proceder del general Alava fué violentamente censurado, pues los bárbaros abusos de la policía de Satini y del infame D. Pablo Arribas habían exasperado durante cuatro años seguidos á los madrileños, que ardían en deseos de castigar á tanto miserable como se había cebado contra dignísimas personas de intachable conducta, ocasionando males y desgracias sin cuento. El hervor popular, siempre siniestro, hubiera quizás dado lugar á excesos lamentables; pero, de todas maneras, la clemencia de que dió pruebas el excelente general fué quizás excesiva, contrariando demasiado abiertamente los deseos del pueblo para que se castigase á los verdaderos criminales.

No obró de esta manera D. Carlos de España, adoptando la línea de conducta brutal y despótica que hacían esperar sus antecedentes. Aquel hombre execrable, aquella fiera humana, aquel monstruo sanguinario, digno de figurar al lado de Marat, pero inferior á él en cuanto á los móviles que le guiaban, dióse á perseguir á cuantos se le antojaba, publicando antes un edicto en que se ordenaban malos tratamientos, escrito en chabacano estilo y expresando sentimientos de persecución y venganza dignos del futuro tirano de Cataluña y mastín de Fernando VII.

Empezaron, pues, las persecuciones, pero viéndose claramente desde un principio que iban dirigidas en primer término contra los que se suponía tenían dinero, *apropiándose haberes ajenos atropellada y descaradamente*, dice un historiador de gran renombre y autoridad. Vese, pues, que no era el cuidado de lavar antiguos agravios, ni la mira de reparar agravios y castigar delitos, lo que movía á Carlos de España á aterrorizar á muchas gentes, empleando sus crueles procedimientos habituales, sino una baja cuestión de cuartos. ¡Oh qué de males causó durante su nefasta existencia aquel villano apóstata de todos los partidos!

Esto empezó á aguar el contento de los madrileños, según se desprendía de las conversaciones de las gentes en público y privado, si bien con cierta

cautela, para no exponerse á las bestiales venganzas de M. d'Espagne, que este era el verdadero apellido del tristemente célebre conde.

IV

Politiqueábase, como es natural, sobre todo en los cafés, siendo el de la Corredera Baja uno de los en que con mayor animación se discutía.

Faltaba de allí Alcalá Galiano, en otro tiempo tan asiduo concurrente, pero continuaban asistiendo don Cleto y sus amigos, tan ávidos de noticias de sensación como cuando les presentamos al lector al referirnos á los acontecimientos del principio de la guerra.

—Señores,—exclamaba D. Cleto;—esto no se anima. Yo creía, francamente, que mi comercio marcharía mejor saliendo de aquí los gabachos; pero no hay quien haga entrar á nadie, ni á tiros, á comprarme una vara de paño ó una tira de terciopelo del mejor que se fabrica en Barcelona.

—Y aquí estoy yo, no menos disgustado que V., pero con mayor motivo,—dijo un covachuelista que iba al café por primera vez.—¡Pues no se trata de echarnos á todos en la calle! ¡Quitarme el destino á mí, que tanto he trabajado por la buena causa!

—¡Qué ha de haber trabajado V., hombre!—contestó un afamado cirujano.—Lo que podrá V. alegar en su defensa es que tampoco ha trabajado en contra para no tener que trabajar de ningún modo.

—¡Señor González, V. abusa de mi benignidad!

—No, señor. Yo lo que hago es decirle á V. que este gobierno que nos des gobierna es un gobierno de agua de malvas, ya que no manda procesar en seguida á cuantos no han reparado en servir al vil usurpador. ¡Oh! Si yo estuviese en Cádiz, ya me habian de oír esos señores. ¡Cómo se entiende no haber arrojado todavía de sus covachuelas á esos zánganos que se han estado allí achantaditos emborrinando decretos encabezados por Pepe Botellas! Pero ya se ve: luego nos viene el bueno del general Álava predicando un sermón de caridad y perdón, y nadie puede decirles nada á esa cáfila de jurados y empleados que están comiendo ahora á dos carrillos. Para esos se ha hecho la guerra, sí, para esos. Dios me libre de jurar que hasta no les vayan á dar un ascenso á todos los afrancesados.

—Repito que muchas cosas de las que están pa-

sando me traen disgustado,—replicó D. Cleto, siempre atento á los intereses materiales.—Cada día me convenzo más de que los que hacen las leyes no saben para quién las hacen. Ya están Vds. viendo lo que pasa con la moneda. Nadie me gana en patriotismo; pero, francamente, eso de que uno sufra tantas mermas en sus pobres haberes pasa ya de la raya. Es imposible vivir con el quebranto del 9 y 11 por 100 en las monedas de plata y de un 2 por 100 en las de oro que resulta de la nueva tarifa de equivalencia entre nuestros duros y sus napoleones y sus napoleones de oro y nuestros doblones. Todo sube: el pan está por las nubes, los comestibles cada vez más caros, todo cuesta un dineral, mucho, mucho más que antes. Por Dios, que es preciso ser español para tener todavía ganas de andar á tiros y no dar el brazo á torcer.

—¿Qué importa todo cuanto está V. diciendo?—exclamó el cirujano.—Esas son cosas de comadre: los hombres no debemos hablar de eso.

—¡Oh! Es que V., D. Santiago, no se encuentra, como yo, con siete hijos, mujer y dos nodrizas á quienes dar de comer: de otro modo, otro gallo le cantara. ¡Ya vería V. si le interesaría ó no que un napoleón valiera ahora un 11 por 100 menos que antes! ¡Bien nos amoló el Consejo de Castilla al aprobar el arancel del año 1808, hecho á completo gusto de los gabachos!

—¡Bah! Dejemos eso, D. Cleto. Y en cuanto á V., señor covachuelista, no creo deba quitarle el sueño el pensar que vayan á echarle; pero conste que yo, cirujano ante todo, cortaría de raíz todo ese gangrenado miembro de los oficinistas, que no han vacilado en rascar la pluma para copiar las órdenes del tuerto.

El apabullado funcionario temblaba al ver los formidables gestos del gran amputador, pareciéndole que iba á cercenarle uno de aquellos miembros de que había hablado.

V

Mucho más ardiente era la animación que presentaba otra mesa del propio café, en la cual la discusión tenía trazas de acabar á palos y puñetazos.

—¡Qué siempre haya de ser él!—exclamaba un joven de grave figura, en cuyo rostro se expresaba la más violenta cólera.—Todos lo hacen bien, todo

marcha; pero en medio de la alegría que causa cualquier victoria hay que esperar siempre que nos venga alguna funesta noticia respecto á ese hombre. Mengua y bochorno da tener que decirlo. «Al mismo tiempo que naciones extranjeras lidiaban afortunadamente por nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Salamanca, huían nuestros soldados con baldón, en Castalla, ante un ejército enemigo inferior en número.» ¡Qué dolor! ¡Ver que por culpa de ese malhadado general D. José O'Donnell hemos perdido en Castalla 800 hombres entre muertos y heridos, 2,800 prisioneros, 2 cañones, 3 banderas, fusiles, municiones! ¡Y eso cuando á la misma hora se empezaba á librar la gloriosa batalla de Arapiles! ¡Buena comparación entre nuestros generales y los ingleses! No comprendo el empeño en sostener de tal manera á ese D. José sino diciendo que son cosas de España. Desde que huyó de Santander dejando su batallón en las astas del toro, no he podido volver á tragarle. ¿Acaso su comportamiento de siempre no hacía prever lo que sucedería? ¡Y aun, para mayor befa y escarnio, se trata ahora de nombrarle general en jefe de la reserva que se está organizando en la isla de León! ¡Oh, no! ¡No será, por más que se empeñe en ello su hermano el regente! Aprecio los talentos y servicios del conde de La Bisbal, pero no hasta el punto de que nos lleve á la perdición dándole ninguna clase de jefatura á quien huyó á mitad de la batalla, cuando se estaba en el trance más apretado. Hay que pedir para ese hombre la responsabilidad que marcan las ordenanzas militares, y se hará, sí, se hará, mal que les pese á los regentes.

—¡Por Dios, D. Vicente!—repuso un señor que tenía la manía de querer conciliarlo todo.—Su amor á Valencia le hace tal vez exagerar la importancia de la acción de Castalla.

—¡No exagero nada! Fué un baldón para nuestras armas. ¡Buena manera de preparar el terreno para la expedición anglo-siciliana que está para llegar! Hay para desesperarse de lo que está pasando en Valencia. Parece que hay un empeño especial en mandar allí á todos los generales ineptos y zotes. Después de Caro, Bassecourt; después de éste, Palacio; luego nos mandan al rigor de las desdichas, Blake; cae éste prisionero y nos largan á D. José O'Donnell. No falta sino que nos envíen á D. Carlos de España. Nosotros hacemos cuanto podemos, pero

viene el gobierno y lo esteriliza todo. Teníamos una porción de guerrillas y Blake las mandó cesar, por no parecerle, sin duda, eso de guerrillas, bastante *estado mayor*, su manía. Ahora tenemos al *Fraile*, que hace buenas cosas. Veremos si también dispondrán que se retire ó bien vendrá un general bastante torpe para que todo lo que gane el P. Nebot lo pierda él.

—Está V. atacando al general D. José O'Donnell sin motivo,—exclamó un caballero con trazas de curial.—Quien tuvo la culpa del desastre de Castilla fué el coronel Santistéban, pues si éste hubiese acudido á tiempo con la caballería no se hubieran visto nuestros soldados acuchillados por los dragones franceses cuando salieron de los olivares en que estaban emboscados.

—Pero ¿á quién se le ocurre dar una batalla sin artillería ni caballería, disponiendo, en cambio, de ambos medios el contrario?

—Usted, D. Vicente, es que le tiene ojeneriza á D. José, por ser V. republicano.

—Y V. no se meta en lo que no le importa, D. Isidoro.

—¡Claro está! Como O'Donnell fué el que disolvió la Junta de Oviedo, creará V. que también podría disolver un día ese Congreso de Cádiz, en el cual tantos habladores pueden despacharse á su gusto.

—Hable V. con más respeto de las Cortes, señor servilón.

—A mucha honra. ¡Todo antes que liberal! ¡Oh! ¡Si estuviese aquí nuestro muy amado rey, de otra manera haría marchar las cosas!

Encogióse de hombros D. Vicente y repuso:

—La cuestión está en que, al mismo tiempo que Wellington vencía en Arapiles, el ejército español de O'Donnell sufría en Castalla una deshonrosa derrota.

VI

—¿Y aun habrá quien no adore á esos guerrille-ros?—gritaba en otra mesa un señor gordo y jovial, llamado D. Canuto Barrientos, uno de los más atareados noticieros de la corte.—Desengáñese V., amigo Regueral: más hacen ellos que nadie, y, si vemos pronto toda España sin un solo francés, á ellos solos lo deberemos. ¿Pues no ve V. lo que está hacien-

do D. Juan Martín? Otro que él se hubiera quedado dormido sobre sus laureles ó hubiera intrigado para no moverse de la corte y darse la vida de canónigo que se están dando los que yo me sé; pero ¡quíá! apenas se retiró del balcón donde se abrazaron él y Wellington, le faltó tiempo para pensar qué golpe daría, y ¡paf! ahí me le tiene V. dueño de Guadalajara. ¡Y flojito que anduvo al tratar de la capitulación!

—Y ¿desde cuándo eso?—replicó el Sr. de Regueral, que era un honrado cosechero de Getafe llegado á la corte aquel mismo día.

—¿Cómo desde cuándo? Pues hace ya una porción de días. Desde el 16 de este mes, cuatro días después de su entrada con Wellington. ¡Veo que están Vds. muy atrasados de noticias en Getafe! Pero, en fin, voy á decirle á V. lo que hizo D. Juan Martín, para que sepa V. los humos que gasta y las pulgas que tiene. Preséntase con su partida á la vista de Guadalajara. Estaba dentro de general un antiguo oficial de nuestros suizos, cierto *monsieur* Preux, con 800 franceses, y al saber que va á atacarle *el Empecinado* empieza á santiguarse. Intímale D. Juan Martín la rendición; pero el muy ganso, temeroso de que *el Empecinado* le arreglara las cuentas por su traición, pues está que trina desde la infamia del *Manco*, contesta que quiere entenderse con el lord y que en seguida que el lord se presente entregará á Guadalajara. ¿Eso dijiste? Pues si al momento no se me rinde V., entro aquí y le degüello á V. con toda la guarnición, replica D. Juan. No se lo hizo repetir dos veces el *extrangis*, y D. Juan Martín entra en Guadalajara y me los coge á todos 800.

—¡Bravo!

—Crea V., D. Gregorio, que, á poderme quitar de encima veinte años de los setenta y cinco que llevo sobre las espaldas, me tenía V. con D. Juan Martín desde el primer día. ¡Qué francote, qué valiente y qué liberal!

—No le niego á V. que tiene mérito lo que ha hecho *el Empecinado*,—repuso de súbito un concurrente que estaba tomando café á sorbitos en una mesa contigua y parecía enteramente embebido leyendo un periódico;—pero hay otros hechos tanto ó más importantes todavía. Yo, señores, soy, para servir á Vds., hijo de Astorga.

—Tierra de mantecadas,—dijo Barrientos, que tenía la manía de querer saber de todo.

—Precisamente soy el que proveía de ellas á la real familia cuando teníamos la suerte de disfrutar de su presencia.

—¿Y qué?—le interrumpió diciendo D. Canuto, celoso de que nadie más que él supiese noticias.

—Pues que, siendo natural de Astorga, cábeme el mayor gusto en que los franceses que allí había se hayan rendido al coronel Enrile, siendo otra vez nuestra la ciudad. Gracias sean dadas á Dios por tal triunfo, pues ya sabrá V. que nada menos se cogieron allí 1,200 prisioneros, y entre ellos el general Remond, viéndose burlado Foy, que estaba ya para llegar con la gran división que han sacado de Portugal para socorrer á las guarniciones sitiadas; pero buenas noches: ya era tarde cuando se acercó á Astorga, y trabajo le mando si quiere asediarnos otra vez, pues hartó le consta de qué manera sabemos defendernos.

—Efectivamente, es también esa una gran ventaja,—contestó D. Gregorio Regueral,—pues hemos recobrado Astorga tras de Tordesillas. Está visto que este año vamos á cansarnos de darles leña á esos malditos.

—Pero, ahora que caigo en ello, ¿por dónde andará Pepe Botellas?—exclamó de pronto el antiguo proveedor de mantecadas de la real casa.

D. Canuto vió el cielo abierto para sacar á colación sus informes, tenidos siempre en grande estima, y dijo:

—El tuerto se va á vivir á Valencia para cambiar de aires y estar cerca del charco; pero, de todas maneras, parece fué poco divertida la viajata. D. Pepe y sus compinches estuvieron casi á punto de morir de hambre y de sed, pues los vecinos de los pueblos por donde se contaba habían de pasar los afrancesados cuidaron de destruir las fuentes y cegar los pozos para que no pudiesen beber. En cuanto á la pitanza, corrió parejas con la bebida. Afirmase que el monstruo de Arribas estuvo sediento tres días seguidos, empezando ya á padecer aquí las penas del infierno, que le abortó sin duda. Me dijo uno de la partida del *Abuelo*, que estuvo aquí á traer un parte y paró en mi casa (pues yo soy muy amigo del *Abuelo*), que los franceses dejaron la carretera sembrada de cañones, que iban abandonando por estorbarles poder ir aprisa, así como de muchas municiones; todo destruido, por supuesto, para que no pudiesen utilizarlo los nuestros.

—¡Hombre V., lo sabe todo!—exclamó admirado el astorgano.

—Gracias, amigo mío,—repuso modestamente don Canuto;—pero no lo extrañe V. ¡Tengo tantas relaciones en la corte! Porque, vamos, creo inútil decir á Vds. que soy hijo de Madrid.

—Ya lo creíamos así,—contestó humildemente Regueral, que sólo era hijo de Getafe.

—Así es que nada me cuesta recibir cada día veinte confidencias. Soy soltero, buen católico, amigo de todo el mundo, y me encuentro en situación bastante desahogada para contemplar tranquilamente el estado del país. En cuanto á popularidad, pregunten Vds. por Canuto Barrientos desde las Vistillas á Lavapiés y desde Palacio á Buenavista, y no habrá grande ni chico que no les dé razón de mí.

—¡Es V. una alhaja!—exclamó admirado el cosechero de Getafe.

—Y ¿qué le parece á V. de la vuelta de nuestro amado rey y señor?—añadió por su parte el astorgano.

—Va largo todavía,—respondió D. Canuto.—Pero, al fin, no dude V. que volverá.

—¡Así sea!—exclamó lleno de entusiasmo el de las mantecadas.

—Sea cuando Dios quiera,—repuso Regueral.—Lo que importa ante todo es echar del trono al tirano Napoleón.

VII

A los pocos días traía el *Diario de Avisos* algunas noticias no menos importantes que las que circulaban por el café de la Corredera Baja de San Pablo, por lo cual no será preciso que las sepamos por don Canuto Barrientos.

El 24 de agosto, y después de dos años y medio de cerco, habían levantado los franceses el sitio de Cádiz, llevándose los 600 cañones que estaban emplazados entre Ronda y Chiclana y destruyendo los muchos que no pudieron trasportar. Lógicamente era de creer que al descercamiento de Cádiz seguiría la evacuación de Sevilla por el mariscal Soult.

Los franceses se habían retirado del condado de Niebla, después de volar el castillo de la villa del mismo nombre.

El duque de Wellington, que había salido de

Madrid el día 1.º de septiembre, se encontraba en Arévalo, donde debían reunirse sus fuerzas principales.

El día 10 de agosto había desembarcado en Alicante la expedición anglo-siciliana, fuerte de 6,000 hombres, aunque sin caballería, al mando de sir Tomás Maitland, debiendo reunirsele la división que estaba organizando en Mallorca el general

Whittingham, cuyo total era de 4,500 plazas.

El rey intruso había entrado en Valencia el 26 de agosto con unos 12,000 hombres, recogidos de todas partes, siendo recibido con gran agasajo por Suchet.

D. Juan Díaz Porlier había entrado en Santander el día 2 de agosto, proclamando en seguida la Constitución y obligando á los franceses á evacuar toda la costa del Cantábrico, excepto Santoña.



CAPÍTULO VII

Gabriela

I

AL disponerse Espinosa para marchar con lord Wellington, recibió una comunicación del ministro de la Guerra para que sin pérdida de tiempo se reuniera al ejército de Ballesteros al objeto de encargarse del mando de una de las brigadas. El tono conminativo en que estaba redactado el oficio no dejó de llamarle la atención, pues creía entrever que algún poderoso motivo había para indicarle que pasase á Andalucía con tanta premura.

Nada se resolvió relativamente á Méndez, que siguió al duque en compañía de Fraser.

A primeros de septiembre salió, pues, de Madrid, el brigadier en dirección á Granada, donde se le decía encontraría al general Ballesteros.

Mucho sintió Espinosa su separación del ejército aliado, pues seguía con vivísimo interés las operaciones de Wellington, ante cuyo talento se inclinaba poseído de admiración. Este fué el motivo por el que rogó á Méndez le tuviese al corriente de todas las maniobras que se iban á verificar en Castilla la Vieja.

Púsose Espinosa en camino, sin consentir se destinase ningún oficial para acompañarle, y antes de mediados de septiembre se encontraba ya en Córdoba, de cuya ciudad acababa de apoderarse el coronel Schepeler, gracias á hábiles estratagemas.

Después de breves horas de permanencia en la bellísima perla de los califas, salió de allí, siguiendo por las orillas del Guadajoz y el río de Marbella, atravesando aquella feracísima y deliciosa campiña y llegando, finalmente, á Baena sin novedad alguna.

No era expuesto el camino, en efecto, pues Drouet d'Erlon se había corrido desde Extremadura á Jaén, sin quedar un solo francés en todo el reino de Córdoba.

Espinosa supo en Baena que Soult estaba en Granada, dirigiéndose hacia Murcia y Valencia, donde debía reunirse su ejército, reforzado con el de Drouet, con los que mandaban José y Suchet, al objeto de combinar la manera de volver á apoderarse de la capital y de hacer levantar á los ingleses el sitio de Burgos.

Hasta entonces había podido hacer el brigadier todas las marchas sin guía; pero no conociendo los pasos de las numerosas sierras que se interponen entre el término de la campaña de Córdoba y Granada, tuvo que buscar un práctico que le condujese por entre aquel dédalo de colinas.

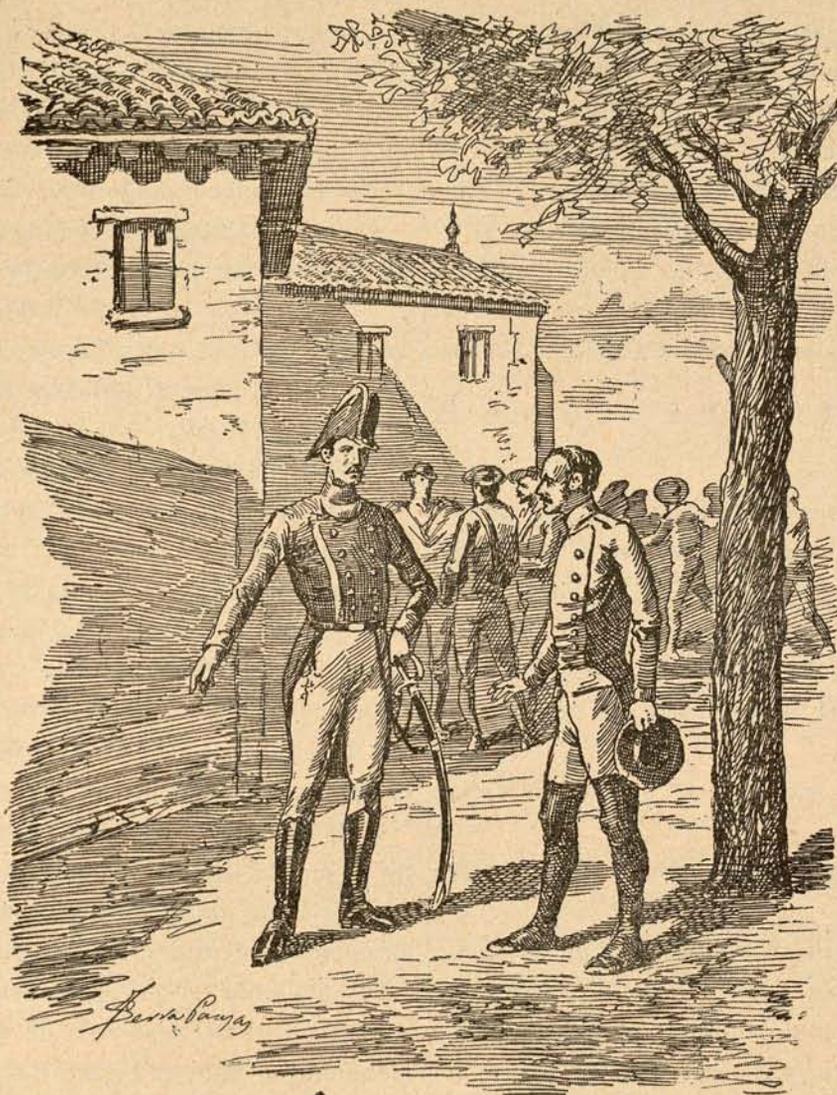
II

No tardó en presentarse con tal objeto un arrogante mozo cuya genealogía arábiga era de todo

punto indiscutible. Representaba tener unos veinticinco años, y era alto, nervudo, de más corteses maneras que el común de aquellos naturales, y dotado al par de cierta expresión recelosa que hacía sospechar que no tenía el tal muy limpia la conciencia.

Llamábase Fidel Villarias, y esto era lo único que se sabía de él en el pueblo.

—¡Mi amo!—exclamó.—Cuando V. E. guste nos pondremos en camino y le iré contando todo lo notable que encontremos. Conozco estas sierras igual



—¡Mi amo! Cuando V. E. guste nos pondremos en camino...

que mi propia casa, como que soy hijo de Santa Fe, que ya sabrá V. E. quedó arruinada por el terremoto de hace tres años.

Montaron los dos en sendas cabalgaduras y empezaron á subir por las risueñas colinas pobladas de frondosos árboles y alfombradas de mullido césped que forman aquellas sierras. La hora era calurosa; pero haciendo el viaje bajo aquellos entretejidos ramajes de gigantescos álamos y chopos, y alegrado el paisaje por numerosos arroyuelos que serpentea-

ban á cada paso por entre la yerba, era agradable y deliciosa la caminata.

Pernoctaron aquel día en el castillo de Locubi, y, atravesando los días siguientes las sierras de los Frailes y Parapanda, no menos deliciosas que las que primeramente habían recorrido, llegaron, por fin, á Pinos-Puente, al pie de Sierra Elvira.

Destacábase ésta imponente y siniestra, con sus desoladas colinas de color cobrizo, sin que ni un árbol ni una planta produjesen la más ligera mancha

sobre aquel amontonamiento de informes peñascos vomitados por un volcán. Sólo algunos matorrales ocultos entre los riscos daban indicio de que fuese posible allí la vida.

—Aprisa, mi amo,—exclamaba el guía;—pues si nos coge la noche nos van á dar tal vez un qué sentir las ánimas del purgatorio.

—¿Qué dices?—repuso extrañado Espinosa.

—No sea V. E. como otros que no lo creían y luego se han arrepentido. De noche vienen aquí las ánimas, y, poniendo espanto en el corazón de los caminantes, ocasionan tales desvanecimientos que muchos se han despeñado por esos precipicios.

Era la hora bastante avanzada, siendo horrible, con todo, el calor que se experimentaba: parecía que bajo las peñas de la sierra ardiese una inmensa hoguera.

III

Iban el brigadier y el guía desfilando por aquellos vericuetos, atravesando barrancos y trepando, más que caminando, por pedregosos senderos, llevando de la rienda á sus cabalgaduras y anhelosos por salir cuanto antes á la vega, cuando oyeron distintos silbidos, como si fuesen señas con que se correspondiesen varios.

—¿Quiénes serán?—exclamó el guía algo rece-
loso.

—¡Adelante!—respondió Espinosa.—Deben ser los nuestros.

No tardó el brigadier en encontrarse en la cumbre de una colina, y vió desde allí cómo se dirigían hacia una alameda que había en un inmediato valle dos partidas de guerrilleros que venían en dirección contraria.

Espinosa dejó la cabalgadura al cuidado del guía y se puso en marcha hacia aquellas pequeñas fuerzas, que ascendían, todo lo más, entrambas, á un centenar de hombres.

Corrió hacia él, al verle, el que parecía jefe, pues Espinosa iba con su uniforme de campaña, y saludóle militarmente, exclamando:

—¡Bien venido sea el brigadier Espinosa! Diego López, antiguo soldado de la guerrilla de Miranda, tiene el honor de ponerse á sus órdenes.

Sorprendido quedó el viajero de que le hubiesen reconocido en aquellos solitarios parajes, y preguntó al guerrillero:

—¿En qué ocasión me visteis?

—Después de La Albuera, mi brigadier, juntamente con vuestro amigo el teniente coronel Méndez. Entonces fué cuando me incorporé á la partida de Miranda en calidad de soldado raso; pero la suerte ha querido que pudiera ganar, como veis, los galones de capitán.

Contentísimo quedó Espinosa con el encuentro de Diego López, cuyos dramáticos amores con Cristina, la de Zafra, no habrá olvidado el lector; pero en cambio no reparó en la turbación del guía al verse en presencia del otro.

Diego López le había echado una terrible mirada, preñada de amenazas, pero sin dirigirle la palabra.

—Podemos llegar esta misma noche á Venta Nueva, mi brigadier,—dijo el jefe,—y quizás encontraremos allí al general Ballesteros, que va á la zaga del mariscal Soult.

—Vamos allá, pues,—replicó Espinosa.

—¡Muchachos, marchen!—repuso López.—Y que se guarde profundo silencio. Guía, id vos detrás.

No podía imaginarse nada más triste que aquel paisaje desnudo y árido, del cual empezaba á desaparecer la claridad del día.

De pronto empezaron á revolotear por el aire miles de azuladas lucecitas, produciendo un efecto fantástico y siniestro.

Oyéronse algunos cuchicheos y el ligero murmullo de algunos soldados que rezaban padrenuestros por las almas del purgatorio que erraban penando en demanda de quien las hiciera bien.

Por lo demás, creemos excusado manifestar que se trataba de la aparición de fuegos fatuos, fenómeno muy común en Sierra Elvira.

IV

Villarias seguía silenciosamente á la partida, con todas las trazas de ir más bien prisionero que libre.

De este modo llegaron á Venta Nueva, á tiempo en que la luna, en su cuarto creciente, iluminaba las cumbres por donde habían pasado.

La columna se alojó en un parador cercano al pueblo.

Espinosa se retiró á descansar, despidiéndose antes de su guía.

Éste no hizo nada que diera á comprender tuviese intenciones de ponerse nuevamente en camino.

sino que, sentándose bajo un emparrado contiguo á la casa, silencioso y preocupado, parecía esperar á alguien que debiese verle.

No tardó mucho en aparecer el jefe de la partida, estremeciéndose, al divisarle, Villarias, y levantándose en actitud humilde y temerosa.

Diego López se acercó al guía y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué ibas á hacer con el brigadier?—le preguntó. —¿Hacia dónde le dirigías?

—Hacia aquí,—repuso con aplomo el guía.

—¡Mientes!—exclamó secamente López.—Pero, sea como fuere, ya no habrás podido prestar este otro servicio á los franceses. Has sido muy torpe en exponerte á cruzar la sierra sabiendo que yo andaba por allí. Pero es hora ya de que ajustemos cuentas. Vas á decirme al momento dónde está Gabriela, ó aquí mismo te mato como un perro, soplandote un tiro al oído. Fuiste un infame: no sólo un traidor á la santa causa, sino también un villano ladrón de honras.

—Ya os lo diré todo, pero no me matéis todavía, capitán López.

—Aquí no soy capitán ni López: soy tu juez.

—Como á tal os hablaré; pero dejadme que me sienta, pues estoy desfallecido.

—Acaba pronto.

—Un día que estaba en Sevilla mirando como los franceses se llevaban los cuadros de la Catedral, se me acercó un teniente de ingenieros que dirigía la operación, y me preguntó que si yo quería mal á los de su bando. Temeroso de lo que pudiera costarme la contestación si le era franco, replíqueme que ningún rencor me inspiraban y que hacían bien en querer llevarse á Francia aquellos cuadros, ya que el cabildo se los regalaba, según decían. Manifestóme entonces que tenía necesidad de un criado español, fiel y leal, y que si yo quería entrar á su servicio. Piense V., capitán, que entonces me estaba yo comiendo los codos de pura hambre, sin encontrar trabajo en parte alguna, sin tráfico, sin cosechas. Yo era antes marchante; pero con la guerra todo estaba paralizado y no había faena de ninguna clase.

—¡Había las guerrillas!—contestó López.

—De buena gana me hubiera yo alistado en cualquier partida; pero era difícil salir de Sevilla para meterme en la sierra de Torcal ó en la Ronda: todo

lo tenían vigilado ellos. Además, capitán López, había en Sevilla una persona que me importaba mucho.

—Anda, sigue.

—El teniente me ofreció ocho duros al mes y el mantenimiento. Creí abiertas para mí las puertas de la gloria y acepté en seguida. Al principio nada me mandó que me pareciese fuera de razón; pero una noche me dijo le siguiese hacia la calle de la Gracia de Dios, bien armado. Dimos vuelta á una casa de pobre apariencia, y, abriendo mi amo la puerta falsa de un jardinillo, me ordenó que le siguiera y obedeciera en cuanto me mandase. Ocultámonos detrás de unos árboles, y no tardó en salir una joven, que fué á sentarse cerca de un surtidor que había en medio de la huerta. Entonces nos acercamos hacia ella de puntillas, la sorprendimos, le tapamos la boca y nos la llevamos á una casucha allí cercana.

—¡Qué infamia!—exclamó López.

—La joven se resistía desesperadamente á que la sacáramos; pero éramos dos contra ella sola, y de nada le sirvieron aquellos desesperados esfuerzos que hacía. Luego que estuvimos en seguro, quedóse mi amo con ella.

—Ya lo sé. Sigue,—repuso el guerrillero con áspero acento.

—Llegó el día, y mi amo me mandó que no me moviera de la casa, con orden de hacer fuego si alguien intentaba penetrar. Estaba yo mirando á la calle por las rendijas de una ventanilla, cuando me sentí arrebatado de furor al ver pasar á mi novia del brazo de un manolo. Ciego de celos, dejé á la presa sola en casa, cuidando antes de asegurarla, y fui al encuentro de Mariquita, que se echó á reir al verme. «—¡Quita, jurado!—me dijo, acompañando estas palabras con un insultante gesto. —No me manches tocándome con tus manos de Iscariote.» Saqué yo la navaja é iba á matarla de seguro, cuando vi que la robada se iba escapando calle arriba, precisamenté á tiempo que aparecía el amo. No sé entonces lo que me pasó: sólo sé que dejé estar á Mariquita y corrí tras de la prisionera, á la cual había detenido ya su raptor. Pasaba en aquella ocasión un carromato de su regimiento, y, haciéndole detener, entregó la joven al carrero, hablándole al oído y alargándole una bolsa. Yo me llegué temblando, y él, mirándome con cruel des-

precio, me mandó que siguiese también en el carro, junto con la joven. Vi con sorpresa que salíamos fuera de Sevilla, sin más escolta que el carrero y dos lanceros. Atáronme entonces las muñecas con un cordel. Pregunté que á dónde nos conducían, pero no quisieron decírmelo. Llegamos, al anoche- cer, á Carmona, y quedamos solos en el carro la joven y yo. No había ella cesado de llorar en todo el camino, y, una vez nadie podía oírnos, me dijo que me ofrecía todo cuanto poseía si la libertaba. No precisamente por la oferta, sino porque tenía rabiosos celos de la otra, juré que la libraría. Ella me dijo que me perdonaría todo el mal que le había hecho, y entonces supe que se llamaba Gabriela Noriega.

—¡Pobre niña!—murmuró el capitán.

V

—Iba yo atado de manos, pero no ella, y así pudo romper prontamente mis ligaduras. El carrero no estaba muy sereno y los dos lanceros se habían separado, dejando pacer sus caballos por la huerta. Fácil fué la evasión: subimos cada uno en un caballo, y, corriendo toda la noche, no paramos hasta llegar á Ecija, por cuyos contornos suponíamos que encontraríamos alguna partida de españoles. Allí supimos que vos estabais recorriendo la comarca; pero, al mismo tiempo, dió la funesta desgracia de que me reconociesen unos heridos franceses, diciendo que yo era el criado de un teniente de su regimiento. Apresuróse Gabriela á desmentirlo, dando su nombre en garantía; pero, temiendo yo que si llegabais dieseis más crédito á los heridos que á la fugitiva, resolví partir al momento hacia Baena, donde casi nadie me conocía y donde sabía una casa en que poder vivir casi oculto. Marchamos al romper el alba, y durante todo el camino de aquel día sentíme agitado por mil malas tentaciones, de esas que tan fácilmente se apoderan de quien, como yo, había padecido cuanto se puede padecer humanamente. Al principio no me llamó la atención más que la hermosura de mi compañera. Acrecióse luego el deseo con la vida inseparable que veníamos haciendo durante aquel tiempo, y, por fin, una tarde, antes de llegar á Baena, llevado de mi naciente y arrebatada pasión y de cierto infernal apetito de

hacer daño, sin escuchar sus ruegos ni hacer caso de sus indignados gritos, sin ser dueño de luchar con mi tentación, le arranqué los jirones que aun quedaban de su ultrajado honor.

—¡Así pagaste los beneficios que le debías!

—¡Vos no sabéis lo que pasó por mí! Yo no me acordaba de nada.

—Sigue, y acaba presto.

—Llevémela al pueblo, perdido el conocimiento, procurando entrar de noche para que nadie se enterase de que yo venía con ella; pero topamos con vos á corta distancia, y entonces os dije que la había encontrado por el camino y que la había recogido con ánimo de que se curase en mi casa de la enfermedad que, al parecer, tenía, mientras ella, exánime y desfallecida, se encontraba imposibilitada de poder hablar. Pasaron algunos días sin que yo me separase un solo momento de su lado, hasta que, temeroso no se descubriese algo, saqué á Gabriela y la trasladé á una ermita cerca del castillo de Locubi. Allí está, enferma todavía. Ahora, haced de mí lo que queráis; pero os juro que ninguna intención me había movido á servir de guía al brigadier más que la de proporcionar algún socorro á mi necesidad y á la de aquella infeliz.

—¡Brava hazaña la tuya! La madre sin ventura de aquella desdichada doncella me había dado todos los pormenores del rapto. Supe luego en Lora lo que tú temías me dijese, y te andaba buscando, y precisamente me ponía en marcha para Baena, cansado de no dar contigo en toda la sierra, cuando te he encontrado. Ahora bien: me acompañarás al castillo de Locubi, me entregarás á Gabriela, y allí decidiremos de tu suerte.

—Os pido una gracia, capitán López,—replicó Villarias.

—¿Qué hay?

—Ya que tan mal he vivido, permitid que muera como un guerrillero. Dejadme formar en vuestra partida hasta el primer encuentro, y me haré matar entonces por una bala francesa.

Diego López se turbó ligeramente y repuso:

—Si Gabriela no se opone, tienes concedido lo que pides.

El capitán esperó á que amaneciese, despidióse de Espinosa, y, llevándose unos veinte hombres, emprendió con Villarias el camino de Locubi, en tanto que Espinosa se dirigía al encuentro de Ba-

llesteros, que suponía andaría por los alrededores de Granada.

VI

Iban Diego López y Villarias silenciosos y preocupados. El capitán no le había dicho á Fidel que había venido á encontrarle la propia madre de Gabriela para suplicarle averiguase el paradero de su desdichada hija.

Eran las dos mujeres unas pobres costureras de Sevilla, sin más medio de subsistencia que sus manos. Gabriela no había conocido á su padre, muerto en las guerras con la república francesa cuando la llevaba su madre en el seno, hacía de ello diez y nueve años. Gabriela tenía corta instrucción, pero la suplía con su discreción y habilidad, sin contar con que sabía vestirse bien, aunque modestamente, y que era su belleza digna de competir con las más afamadas de aquella tierra clásica de las *barbianas*.

Sin embargo, jamás dejaba la niña de mostrarse triste. Muchos galanes de aquella patria inmortal de *Don Juan Tenorio* la habían pretendido; pero jamás había escuchado ella una sola palabra ni contestado una sílaba. Jamás desaparecía aquella melancolía, que era un encanto más en su semblante. Cuando la ocupación francesa, fué requerida, cual si hubiese estallado una verdadera epidemia, por cuantos oficiales se las echaban de imitadores del héroe de Tirso, afrancesado por Molière; pero siempre experimentaron deplorables reveses en sus pretensiones. Finalmente, uno más malvado que los otros, cierto teniente *du genie*, gran calaverón y jugador de *primissimo cartello*, ciego de despecho y llevado de su brutal concupiscencia, logró que una criada de la casa le dejase la llave de la puerta del jardín, y, amoldándola en cera, pudo así mandar hacer otra en el taller de su cargo y cometer la infame acción que dió por resultado la villana deshonra de la infeliz.

La pobre madre, al ir á reunirse con su hija en el jardín y no verla, creyó que perdía el juicio. Acudió al momento á las autoridades francesas, que la recibieron con altanero menosprecio; y entonces fué cuando, recordando la fama de Diego López, corrió á su encuentro implorando que buscara á su hija, ya que el teniente había manifestado que la había robado Fidel Villarias, sobre quien,

en último resultado, recayeron todas las culpas, excusándose su antiguo amo de toda participación en el asunto.

De ahí la primera impresión de López al encontrarse con Fidel y el terror de éste al verse en presencia del guerrillero, con el cual se había topado ya cerca de Baena, según sabemos. Rectificada la opinión de López después de las explicaciones de Villarias, creyó que éste estaba realmente arrepentido y quizás que se lograría remediar en lo posible el triste estado de Gabriela.

VII

Caminaban, pues, deshaciendo Fidel el camino que había primeramente andado, y llegaron á Castillo de Locubi al día siguiente, cuando se ponía el sol.

—Allí está,—dijo Fidel á Diego López, señalando una ermita contigua.

—¡Alto!—gritó el jefe á su gente.—¡Desmonten!

Los veinte jinetes echaron pie á tierra.

—Id á alojaros en el pueblo y esperad,—repuso López.

El capitán y Fidel siguieron hacia el castillo, torciendo á la izquierda, al través de un frondoso bosque de chopos, álamos negros de extraordinaria altura, encinas y nogales, alfombrado de verde y tupida yerba.

Estaban ya á poca distancia del santuario.

La campana dió el toque de ánimas, vibrando con imponente sonido.

¡Cuán melancólicamente resonaron sus ecos en la agreste soledad de aquellas colinas!

Había desaparecido la luz solar, y aparecía en la cumbre de la sierra el creciente de la luna, que parecía recorrer perezosamente la trazada órbita. La vista sólo podía distinguir oscuras masas llenas de singulares rumores allí donde de día se extasiaba ante aquellas macizas arboledas.

El sendero que recorrían nuestros dos jinetes hacíase cada vez más lóbrego al través del bosque.

Por fin se encontraron ante el pórtico de la ermita, edificio de humilde traza, quizás destinado un tiempo á mahometana Kuba.

—Aquí es,—dijo Villarias con acento que no se hubiera sabido si expresaba espanto ó alegría.

—Llamad vos,—replicó López.

El prisionero obedeció á lo que se le mandaba, y, descabalgando, dió tres recios aldabonazos.

Reinó algún tiempo profundo silencio, hasta que, abriéndose un ventanillo practicado en la pesada puerta, dijo una cascada voz:

—¿Quién llama?

—Abrid, hermano Rafael: soy yo, Villarias, con un amigo.

—A buen tiempo llegáis, Fidel,—repuso el solitario.

Abrióse en seguida la puerta, bajó Diego López de caballo, y entraron él y Villarias llevando de las riendas á sus potros cordobeses.

—¿Ha ocurrido algo?—preguntó Fidel con ansiedad.

—¡Hum!—repuso el hermano Rafael.

—¿Dónde está Gabriela?—replicó con ansiedad el pobre Villarias.

—¿Que dónde está? Preguntádselo al viento, que se la llevó.

Villarias quedó como si hubiese caído un rayo á sus pies.

Diego López, al ver su turbación, encarándose con el ermitaño, exclamó:

—¿No está ahí la joven?

—No, hermano: se la llevó no sé quién.

—¡Ira de Dios! ¡Miserable! ¡Me has engañado!—gritó con tremenda voz, agarrando á Villarias por el cuello.

—¡Ella, ella fuera de aquí!—replicó éste.—Matad á ese traidor, capitán, no á mí. Yo se la dejé confiada y la ha dejado huir.

El ermitaño encogióse de hombros y repuso:

—¿Yo qué sé?

VIII

Haciendo un desesperado esfuerzo, desasióse Villarias de las garras de López y, arrojándose sobre el viejo, exclamó con ronca voz:

—¿Dónde está Gabriela?

El ermitaño no contestaba.

—¡Te va la vida en ello!—repuso semiestrangulando al anacoreta.

Parecióle, sin duda, á éste que la cosa iba de veras, y así repuso:

—Gabriela se fué hoy, al amanecer, á una cueva

que hay en lo hondo de la cañada que está ahí á un lado, con ánimo de entregarse el resto de sus días á la mortificación y la penitencia. No contradigáis sus santas inclinaciones y dejadla que rescate con la vida solitaria los pecados de que necesita redimirse para poder alcanzar la gloria del cielo.

—¿Qué hablas tú de pecados, imbécil frailucho?—exclamó Villarias, lleno de cólera.—Anda: guía hacia donde está mi bien.

Santiguóse el ermitaño y echó á andar por un peligroso sendero que serpenteaba por el borde de unos hondos precipicios.

Bajando con cuidado por aquel infernal camino, llegaron á una reducida plazoleta escondida entre grandes peñascos, apareciendo disimulada su entrada por un espeso matorral.

Acercáronse á una ancha abertura que se veía debajo de tres ó cuatro enormes rocas, y Villarias penetró en la cueva. Era una honda caverna, alta, abovedada, habitada, sin duda, en las edades prehistóricas, según los numerosos restos que de aquellos remotos tiempos estaban esparcidos por el suelo: hachas y cuchillos de pedernal en inmenso número, flechas de lo mismo, balas, huesos labrados y groseros utensilios domésticos.

Esto pudo ver Villarias á favor de la débil claridad que despedía un cabo de cirio que se había llevado el ermitaño, y que consiguió encender después de haber echado con gran trabajo yesca y pajueta.

Nada se distinguía que denotase en la cueva la presencia de persona viviente, por lo cual siguió andando buen trecho, despertando, con la luz que proyectaba el cirio, los gigantescos buhos y lechuzas que anidaban en las agrietadas bóvedas de aquella extraña caverna.

Por fin divisó una forma blanca en el suelo y se acercó.

Era Gabriela, profundamente dormida.

Villarias la miró con amor inmenso, pero aún con piedad mayor.

La pobre niña parecía una de esas santas penitentes de que hablan las leyendas cristianas. Sus facciones habían perdido su expresión humana para adquirir como un divino tinte, y en medio de aquella lobreguez aparecían como dotadas de resplandeciente aureola.

IX

Fidel se acercó á la dormida joven conteniendo su aliento, y quedó como extático, pareciéndole un sueño que se encontrase allí la bellísima niña que había robado del jardín de Sevilla y con la cual había hecho aquel fatal viaje hasta Baena, abusando de su debilidad.

Gabriela hizo un ligero movimiento, y al cabo de un momento abrió los ojos, dando un agudo grito y levantándose desprovista, cual si quisiera huir.

—¡Mi bien! ¡Perdón, perdón!—exclamó Fidel.—Vengo por ti, para llevarte á tu madre, para que seas otra vez feliz y dichosa á su lado. Cuanto me mandes lo haré en seguida: todo, todo lo que quieras; pero no estés más en esta espantosa madriguera. ¡Vente, vente conmigo!

—¡Oh Dios mío!—exclamó ella.—¿Por qué quieres otra vez tentarme? Tan sólo haciendo esta vida de penitente puedo borrar mis culpas. No quieras que ahora me condene.

—¿Qué culpas has cometido tú jamás, ángel mío?—exclamó Villarias.—¿Quién te ha trastornado de este modo los sentidos? ¡Culpable tú, pobre víctima de dos infames, yo más, mil veces más que el otro!

—¡Aparta, aparta! ¡Quita!—repuso angustiada Gabriela.—¡Huye de aquí si no quieres condenarte también! ¿Cómo has sabido donde estaba escondida, cuando todos ignoran este lugar?

—El ermitaño me ha guiado,—contestó Fidel.

—¿El hermano Rafael? ¡Oh, no! ¡Imposible!

—Te lo juro.

—No, no puede ser.

—Sal y le verás en la plazoleta.

—¡Mentira todo! Él fué quien me mandó que viniese aquí para que me fuesen perdonadas mis culpas.

—¡Miserable! Pero ¿qué culpas tienes tú?

—¡Oh Fidel!

—¡Gabriela!

—¡Húndame en el infierno; pero te quiero, te quiero, y no puedo vivir sin pensar en ti!

Villarias quedó mudo de espanto, y, por fin, loco y delirante, repuso:

—¡Tú! ¿Tú me amas?

Gabriela no pudo responderle, porque había quedado desvanecida.

Hízola volver en sí el joven, y, cogiéndola con la

facilidad que hubiera levantado una pluma, corrió hacia afuera.

El ermitaño y López esperaban, no osando entrar en la cueva á causa de la oscuridad, y no ir, como había hecho Villarias, prevenidos de luz.

La luna alumbraba con claridad bastante para poderse aventurar por el estrecho sendero que conducía desde aquel sitio hasta la ermita.

Regresaron los cuatro al santuario, llevando Villarias en sus brazos á la desmayada joven; y, una vez en la única habitación de que se componía la vivienda del ermitaño, dejó Fidel á Gabriela sobre un montón de paja, con un haz de palmitos por almohada, que servía de lecho al ermitaño, quedando Diego López á su lado.

—Os perdono el mal que ibais á causar porque creo que lo que prevenisteis á Gabriela lo hicisteis movido de interés religioso,—exclamó Fidel;—pero tened entendido que no es á la vida de penitente á la que se ha de consagrar, sino á otra muy distinta. Ya sabéis que ella me ama. Pues bien: yo la adoro. Ni vos ni nadie tenéis derecho ni poder para desgarrar nuestros corazones. Yo puedo reparar el mal que causé y hacer feliz á mi víctima. No os opongáis á ello, porque sería inútil.

—¡Os rebeláis contra las amonestaciones de un ministro de Dios!—exclamó el hermano Rafael con terrible ademán.—¡Queréis entregar al diablo un alma que yo tenía ya ganada para el cielo! ¡No será! Pensad que Gabriela...

—Ya lo he pensado todo.

—No tanto como creéis. Gabriela me ha confesado que tenía hecho voto de consagrarse á la vida del claustro, y luego ha faltado á él para amar á un hombre. ¡Horrible perjurio!

—Y ¿qué me importa á mí? ¡Ella me ama!

—¡Había jurado ser de Dios!

Fidel, como poseído de una idea extraña, corrió á donde estaba Gabriela, miróla con penetrante intención, y, volviendo hacia el ermitaño, exclamó:

—Gabriela lleva en sus entrañas el fruto de un atentado. ¡No puede ser esposa del Señor la que debe ser madre!

Palideció el hermano Rafael y dijo:

—Fué contra su voluntad.

—Yo seré el padre de ese hijo que ella ha de tener, y por tal me reconoceré ante el mundo entero.

Volvió entonces en sí Gabriela y exclamó:

—¡Fidel!

—Aquí estoy, mi bien,—repuso Villarias.—¡Oh capitán! ¡Ved, ved qué me ama!

Diego López le miró y contestó:

—Eso te vale.

—Salgamos de aquí, capitán,—exclamó luego el enamorado serrano.—No estoy bien, ni ella tampoco.

—¡Salir ella de aquí!—prorrumpió diciendo el fanático solitario.

—¡Vive Dios que ahora vais á verlo! ¡Ay del que me lo estorbe.

Villarias cogió á la niña, que echó á correr al ver con qué ojos la miraba el hermano Rafael, y Fidel salió tras de ella, lanzando á fray Rafael una mirada de desafío.

Diego López detuvo al fraile, que quería perseguirlos, y le dijo:

—Dejadlos ir. Hay una madre que espera á su hija. Si conocisteis vos á vuestra madre, comprenderéis que no tenéis derecho á privar á la suya del bien que llora por perdido y que va pronto á recobrar.

Fray Rafael contestó con sordo acento:

—¡Ha faltado á sus votos! ¡Caiga sobre ella el castigo de Dios!

—Dios es clemente,—repuso Diego López.—Hermano, el cielo os guarde.

X

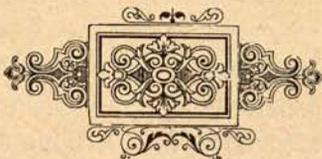
Subió á caballo el capitán y vió á la enamorada pareja junto á las murallas del castillo, donde le aguardaban.

Entraron los tres en el recinto, donde estaba alojada la partida, y al romper el día se pusieron todos en marcha.

—Villarias,—le dijo López así que iban á cruzar la sierra de los Frailes;—tomad este pase y vos mismo devolved á su madre á la que espero será vuestra esposa, y en cuanto hayáis cumplido venid á incorporaros á la partida.

—Gracias, mi buen capitán, D. Diego,—repuso conmovido Villarias.—¡Cuánto me costará hacerme digno de tantos favores como os estoy debiendo!

Diego López sonrió tristemente y no tardó en desaparecer con sus guerrilleros por las espesas arboledas de aquellos montes.



CAPÍTULO VIII

El sueño de una noche de verano

I

VILLARIAS había nacido de una familia de acaudalados labradores vecindada en Santa Fe. Malos negocios de su padre, la guerra y el terremoto del año 9 mermaron hasta dejarla exhausta la hacienda que tenían, y Fidel, que estaba destinado por sus inclinaciones á ser tal vez un hombre de brillante reputación en las artes ó en las letras, vióse cerrado el porvenir y obligado á ayudar con su trabajo á sus padres y á sus dos hermanos. Murieron los primeros, sentó plaza de soldado el menor de los otros, y el segundo se lanzó á la vida del mar como corsario, causando espanto en los mares de Centro América, donde capturó numerosos buques de la Guayana y La Martinica.

Fuése á Sevilla, siempre apesadumbrado por la ruina de su casa y la consideración de su desdicha. El, que había soñado con la toga de Campomanes ó la esplendente reputación de un Jovellanos, se veía obligado á vender por las calles géneros catalanes y bujerías, y aun en eso había debido cesar, por lo cual el ambicioso de las altas magistraturas y el aspirante á sabio profesor debió meterse á criado de un teniente *du genie* y á guía por las sierras de Granada y Córdoba, para no morir literalmente de hambre.

Pudo convertirse en baja y humilde su posición, pero nunca fueron malos sus gustos. Quizás nadie

como él conocía el mérito de los cuadros de Murillo y Zurbarán que se llevaba Sout; quizás nadie como él apreciaba toda la indignidad del duque de Dalmacia al robar los mejores lienzos de los divinos pintores andaluces y guardarlos para sí; pero le irritaba aun más la pusilanimidad con que el pueblo sevillano dejaba perpetrar aquellos latrocinios, y en su cólera de artista olvidaba la amargura del patriota.

Villarias no creía deber hacer nada cuando los demás dejaban hacerlo todo.

Se entiende, los demás del cabildo de Sevilla... y del reino de ídem.

Por eso, descorazonado y acosado por el hambre, viendo que ni un solo monago de ninguna iglesia protestaba de los robos de Sout, herido en su instintiva conciencia artistica, no hizo ningún repulgo para aceptar el sueldo de un francés.

En cuanto á la infame acción que cometió con Gabriela, fué un fenómeno psicológico de delicada explicación, resultado de una insensata propensión á cometer un delito, una tendencia absurda é ineluctable á la perversidad, triste fruto de amarguísimas premisas, cual si, decaído socialmente, hubiese querido aquel hombre decaer también en la esfera moral. La desesperación arrastra á veces al crimen.

Nada más terrible que esos *irregulares* de la sociedad, que esos *refractarios* de las clases inteligentes. Un gaban raído conviértese en blusa sangrienta; un caudal de conocimientos inútiles, cuando el estómago siente las contorsiones del hambre, fermenta y engendra los más horrorosos deseos de hacer daño. La historia de las convulsiones sociales ofrece de ello hartos ejemplos.

II

Fidel Villarias, que había leído muchos libros, aunque sin criterio ni orden; que se había llenado la cabeza de ideas y experimentado mil diversos sentimientos, por decirlo así, ideales, había, de pronto, quedado aplastado bajo el peso de la ruina de su casa; y el que se sentía nacido para realizar las más altas empresas y dar forma á las más generosas aspiraciones, se vió reducido á cambiar bruscamente de ocupaciones y de hábitos, debiendo dar un eterno adiós á sus sueños de gloria. Metióse á lo primero que le pareció podía proporcionarle sustento, vió que le volvían las espaldas cuantos hubieran podido protegerle, miróse aislado y se volvió feroz. Para colmo de desdichas, amaba á una mujer y ésta le vendió, ó por patriotismo, lo cual era muy problemático, ó por conveniencia.

Quizás el primer móvil que le impulsó á hacer víctima de su brutalidad á Gabriela fué el deseo de igualarla á él en degradación, rompiendo así la diferencia que les separaba, con ánimo de que no pudiese creerse más honrada que él.

¿Qué pasó, en cambio, en el corazón de la joven? ¿Cómo podía amar al hombre que le había arrebatado por dos veces el honor? La primera había sido cómplice pagado, pero en el hecho de Baena sólo había obrado movido por impulsos propios. ¿Acaso conoció Gabriela que aquel hombre era muy desgraciado y que tenía sed de que le amasen?

Brotó en los dos á un tiempo la abrasadora llama del amor. Si Villarias no le declaró su pasión por vergüenza, ella debía callarse por dignidad; pero Gabriela, que poseía esa perspicacia propia de la mujer, sospechó primeramente, y estuvo cierta después, de que Villarias la quería.

Y Villarias la quería, en efecto, con toda la vehemencia de su alma semítica, dada á los cultos ex-

clusivos y avasalladores, con toda la grandeza del que experimenta un sentimiento único, absorbente, supremo.

La costurera de Sevilla no era para él una mujer era un símbolo. Todo lo había olvidado á su lado, mientras la velaba en su enfermedad: la patria, la miseria que se cernía sobre él batiendo sus negras alas, el porvenir, el pasado.

Y pensaba que nada valía lo que aquel ángel.

Y sentíase cada vez más indisolublemente unido á aquella criatura.

Pero la dura realidad se hacía sentir de pronto, haciéndole despertar de sus ensueños con sus punzantes alicates.

Y Villarias se veía reducido á las más horribles privaciones.

Entonces se marchaba y buscaba cualquier género de trabajo.

Pero toda Andalucía estaba entonces convertida en un pueblo de mendigos.

El procónsul francés, el inolvidable Soult, repetía allí las célebres extorsiones de Verres, en Sicilia, y todo lo entregaba al expolio y á la rapacidad.

En 1812 Andalucía era la región más desolada de la Península: allí era donde podía verse el sistema de los franceses aplicado con todas sus consecuencias.

Frutos, sobornos, cohechos, robos, derramas, contribuciones en dinero, exacciones de todo el que mandaba, desde el cabo de escuadra al mariscal, habían reducido aquellos edenes á la indigencia. Hasta las caballerías, hasta los jumentos, arrebatában los franceses.

De ahí que Villarias se encontrase cada día en más terribles angustias, sin nada con que poder atender á la adorada enferma. Gracias á que algún raro viajero quisiese emplearle para conducirle por las sierras.

En tal apuro acudió á fray Rafael, el cual no carecía de todo, como á él le pasaba.

Fray Rafael acogió á Gabriela, y con lo que le sobraba pudo asistirle.

Pero un día que la joven se confesó con el ermitaño y le reveló los votos que había hecho y el amor que sentía, estalló formidablemente en cólera y le impuso aquella horrible penitencia que sabemos.

La joven, sobrecogida de terror y asaltada de remordimientos, se había sujetado á los mandatos del

fraile, desgarrado el corazón y á punto de extinguirse su vida.

III

Iban los dos amantes alegremente camino de Sevilla, montados en un mulo lujosamente enjaezado que se habían los franceses descuidado de llevarse de un cortijo de la Rambla. Aunque estaba próximo el otoño, reinaba una temperatura canicular.

Después de haber dado un rodeo para costear la laguna de Zoñar, internáronse los viajeros en las colinas que van hacia Ecija, encontrando allí regalada sombra.

Era al caer de la tarde. Iban los dos jóvenes bajando por el valle, entre espesos olivares, frondosos chopos y altísimos álamos que elevaban al cielo sus hermosas copas. Estaba alfombrado el suelo de aliagas y tomillos, retamas y madroños, salvias, beleños, juconias y romero; y el aire, cargado con los perfumes de tan variadas plantas, parecía como que recibiese los vapores de los árabes pebeteros de un harem.

Á la incierta luz del crepúsculo rielaban en el fondo del valle las tornasoladas ondas del Genil, de cuya cristalina superficie parecían desprenderse plateados destellos.

Hondo era el silencio, y aun asemejaba ser mayor acompañado del chirrido de los grillos y de las ranas lanzando su monótono cantorio.

Las puntiagudas cimas de las colinas, doradas con los últimos rojizos rayos del sol poniente, producían el efecto de celestes nimbos sobre el sombrío tono de las laderas.

Arroyos murmurantes mezclaban su argentino y suave rumor con el flébil susurro de las hojas, cimbreadas por la brisa.

El mulo caminaba perezosamente. Montada en él iba Gabriela, y á pie, á su lado, Villarias. La dicha que de repente habían experimentado les había devuelto la alegría y trasformado sus rostros.

Bonita por demás era la sevillana. Más bien alta que baja de cuerpo, esbeltísimo el talle, de cisne el redondo cuello. Iba con la mantilla caída, dejando al descubierto la cabeza, digna de inspirar á Goya, La cabellera negra y opulenta formaba mil rizos á cada lado y sobre la estrecha frente; el ovalado rostro era ligeramente moreno y pálido, de cutis tan

suave como el terciopelo; los ojos tenían extraños y cambiantes reflejos, ora negros, ora de un verde oscuro; la nariz, verdaderamente árabe, delgada y aguileña; la boca, chiquita, de encarnado coral, dejaba ver dos hileras de blanquísimos dientes; y campeaban, en fin, por todo el rostro, multitud de hoyuelos, lunares y sonrisas.

Iba vestida de menestrala la niña; pero si era de cotonía el ceñido traje, no parecía sino de seda.

De pronto una ligera ráfaga levantó la orla de su falda morada y dejó ver con la presteza de un relámpago, por encima del zapatito, el comienzo de una media de encarnado color.

La ráfaga había recordado á Fidel la mujer, ángel hasta entonces.

—Descansemos, mi bien,—exclamó.—El sitio convida.

Bajó de su cabalgadura Gabriela y se pintaron dos rosas en sus mejillas trigueñas.

IV

Sentáronse los dos enamorados junto á un arroyo de transparentes aguas. En su fondo se retrataban los árboles y se veían delicados musgos. Campanillas y botones de oro crecían en sus márgenes, y rosales silvestres y clavellinas orillaban su corriente.

Callaron ambos.

—¡Vida mía!—exclamó de pronto Fidel.

—¡Tuya!—repuso Gabriela con voz que parecía un suspiro.

—¡Qué dicha! ¡Qué felicidad la nuestra! ¡Juntos y solos!

—¡Imposible parece!

—¡Amarme tú!

—¡Y que tú me ames!

—Siempre he de estar, como ahora, á tus pies, embriagado de amor.

—¡Oh Fidel!

—Fidel no es bastante. He de demostrarte quién soy y que valgo alguna cosa.

—Demasiado te adoro siendo sólo mi Fidel.

—No estoy contento con eso.

—Pues ¿qué quieres?

—No he podido ser lo que ambicionaba; pero aun queda campo que correr.

—¿Me dejarás?

—Dejarte hasta el día en que pueda presentarme ante ti con un poco de renombre no será doloroso para ninguno de los dos.

—¿Qué dices? No, mi bien. ¡Para nada necesito yo de tu renombre!

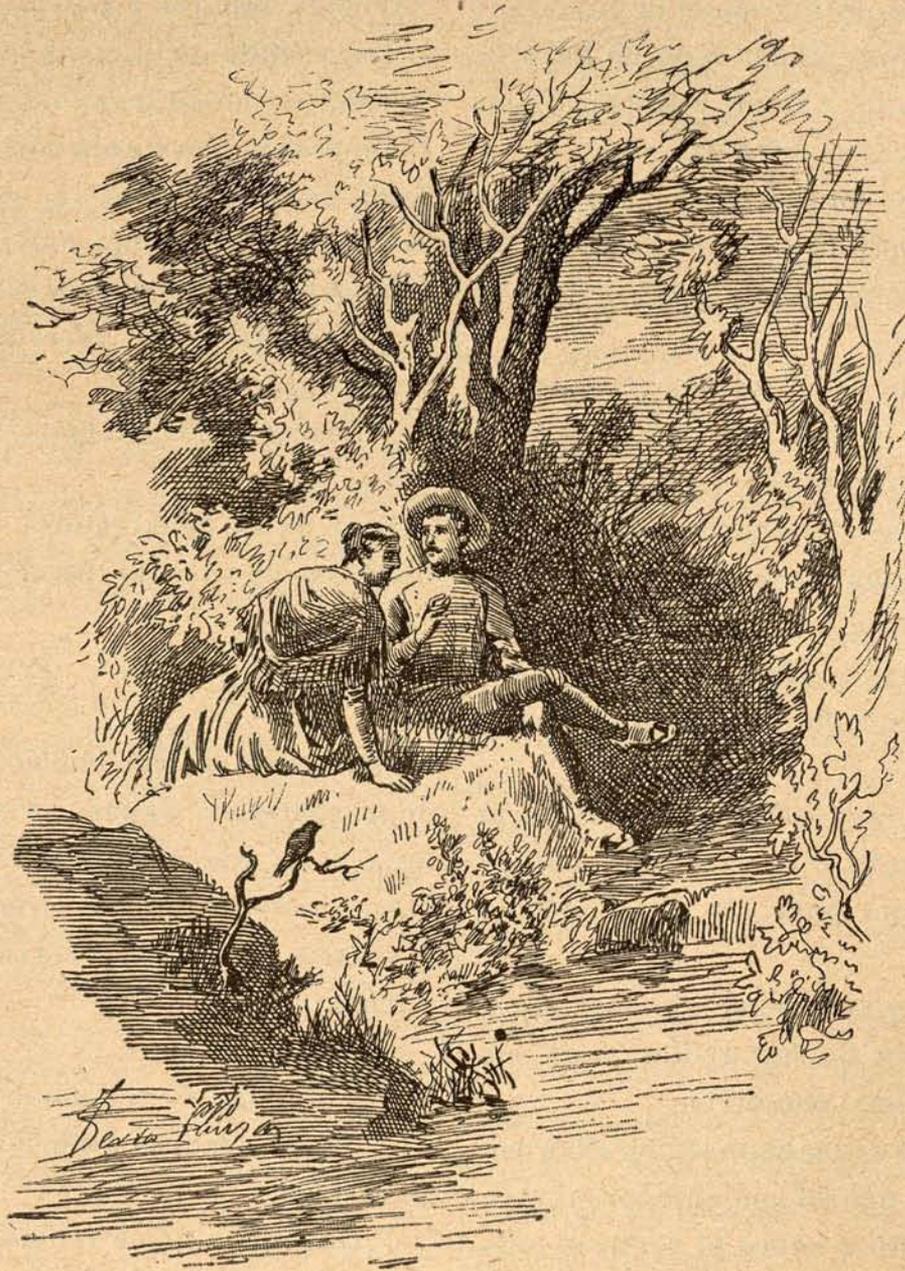
—Hay que pensar en la realidad de la vida.

—Trabajaremos.

—No basta, no siempre se puede.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, mi vida; nada que pueda dolerte.



Sentáronse los dos enamorados junto á un arroyo...

—¡Ah! ¡La guerra!

—¡La guerra, sí! Diego López me espera. Tengo dada mi palabra.

—¡Triste de mí!

—No llores.

—¡Sin ti, sin ti me será imposible la vida!

—Poco será el tiempo que estemos separados.

—Una eternidad para mí.

—¿Te quiero yo menos de lo que me quieres tú?

—¡Oh! ¡No, no! Haz lo que creas deber hacer. Al fin, ¿qué soy más que tu esclava?

Cantaba un ruiseñor en un árbol, y sus trinos no eran tan dulces como el acento de Gabriela.

—¡Eres un ángel!—repuso Fidel después de un momento de silencio.

—¡Pobre de mí!

—¡Eres bella como la luna de Abril!

—¡Calla!

—¡Hermosa como el lucero de la mañana, como las rosas de los cármenes!

—El amor te hace decir eso.

—Cuantos te ven han de decir lo mismo. ¡Oh! ¡Qué

mujer eres! ¿Por qué te hizo Dios tan bella, si al fin soy yo á quien debía pertenecer tu hermosura?

—Y yo quien debía amarte.

—Sueño parece oír esas palabras de tu dulce boca.

—¡Te quiero!

—¡Y yo te adoro, Gabriela!

V

Había oscurecido. Todo estaba ya invadido por las sombras de la noche. Las luciérnagas corrían por el césped. Una de ellas se había parado sobre el seno de Gabriela, luciendo con los destellos de un enorme diamante.

—¡Qué hermosa noche!—exclamó la niña.

—Como tú, de Andalucía.

—Mira la luna cómo asoma en su lleno.

—¡Eres de su color, pálida de mi alma!

—¡Qué bien estaríamos aquí siempre! ¡Siempre de esta manera!

—El cielo nos tendría envidia.

—Fidel, siempre te amaré así, donde quiera que estemos.

—Siempre te amaré así también, Gabriela mía, aunque esté muerto.

—¡Dichosas las flores y los árboles, que no se mueven nunca de este sitio!

—¿No eres tú tan encantadora como esa rosa que dormita á nuestro lado? Parece hermana tuya.

—Crece á su lado un clavel fragante. Hermano tuyo parece.

—El pobre clavel parece morir de amor por su gentil compañera.

—Y ella se inclina hacia él.

—Y él... le hace así.

Y, diciendo esto, Fidel dió un sonoro beso en la mejilla de Gabriela.

Callaron otra vez. La luna iluminaba esplendorosamente el paisaje.

—¡Qué bien pasaríamos aquí la noche!—dijo Fidel.—Pena me da abandonar las orillas de este arroyo. La frescura de la tierra halaga al cuerpo, prestándole dulce alivio al calor del día. Oye cómo cantan los ruiseñores.

veces presentaba un tono verde claro y otras aparecía cual si fuese todo él un trozo de arco iris.

—Si yo fuese poeta,—dijo Fidel,—creo que este espectáculo me inspiraría un canto inmortal. Era yo niño cuando leía cosas así y me sentía trasportado.

—¿Qué leías?

—Viejas historias fabulosas. En una noche como esta, Troilo, el hijo del rey de Troya, se vió en los jardines de palacio con la bella Crésida, que venía á escondidas del campo de los griegos. En una noche como esta Tisbe se encontró ante espantable león y huyó, dejando en tierra su velo, tras de lo cual, llegando Píramo y creyéndola muerta, se quitó la vida.

—¡Triste historia!

—¡Oh! ¡Más sé todavía, pero bien alegres! Amáronse en noche semejante á ésta la bella Julieta y el gentil Romeo en el balcón de Verona.

—Cuéntame eso.

Fidel le contó la inmortal leyenda de Romeo y Julieta, según la versión de los *Castelvines y Montes* de Lope de Vega.

—¡Pues yo te quiero como Julia á su amante!—repuso Gabriela.

—¡Y yo como Calisto á Melibea,—contestó Fidel,—como Troilo á Crésida, como este clavel á esa rosa, como este arroyo á la tierra, como el gusano á la estrella!

No era, por desgracia, conocida en España todavía la deliciosa comedia de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*; pero, de no haber sido así, de fijo hubiérase creído Fidel Villarias trasportado á aquellos bosques llenos de elfos y geniecillos, de espíritus foletos y de hadas, de espíritus invisibles y silvestres ninfas, compañeras de Diana.

VI

A falta de saber esto, debióse contentar con reparar que los gusanos de luz parecían más agitados que nunca; que temblaban los capullos de las rosas; que la luna parecía lanzar, con ardor digno del sol, sus argentados rayos, cual si buscara á Endimión; que cantaba el arroyo; que centelleaban como

sauces agitaban sus verdes y flexibles cabelleras; el ambiente parecía embalsamado con todos los aromas de las más fragantes plantas, y la tierra mostrábase blanda y mullida cual suave plumón de cisne.

Los dos amantes, sometidos á los efluvios de aquella universal sensación, durmiéronse uno en brazos de otro; y cuando despertaron, al rayar el alba, la cabellera de Gabriela estaba tachonada de rocío cual las flores, y su semblante encendido como las encarnadas rosas.

Fidel tomó una mano de su amante é, imprimiendo en ella un apasionado beso, exclamó:

—¡Oh bien mío! ¡Cuánto te amo!

—¡Como yo á ti, mi alma!—repuso ella.

Los dos prosiguieron el viaje, y al siguiente dia divisaron la llanura de Sevilla.

Cuando Fidel entregó Gabriela á su madre, le dijo:

—Señora: os pido la mano de vuestra hija, porque los dos nos queremos.

Sorprendida quedó la anciana y miró á Gabriela.

—¡Madre! ¡Sí! ¡Le quiero con toda mi alma!—contestó.—Dadnos vuestra bendición.

Fidel salió aquella misma noche de la ciudad, y á los pocos días formaba en la vanguardia de la guerrilla de Diego López.



CAPÍTULO IX

Un pronunciamiento, un «quid pro quo» y una retirada

I

BALLESTEROS entró en Granada el 17 de septiembre, dando orden de que marchasen algunos regimientos á la sierra de Cogollos, al objeto de hostilizar á Soult, que debía pasar en dirección á Huéscar, donde había de reunirsele Drouet d' Erlon.

Tomó Espinosa el mando de las fuerzas, incluso la partida de Diego López, y, corriendo noche y día sin parar, encontróse en el punto señalado antes de que Soult hubiese conseguido atravesar aquellos desfiladeros.

El mariscal francés marchaba receloso, escarmentado como estaba, á causa del continuo tiroteo que venía aguantando desde Sevilla. No iban sus tropas menos sobresaltadas, pues habían aprendido á costa suya lo expuesto que era topar con alguna guerrilla española.

Espinosa, escondido con su gente en las breñas por entre las cuales discurre el pintoresco Darro, esperaba una confidencia, creyendo que podría descalabrar á los franceses de manera que se acordasen en mucho tiempo.

Era cuestión de añadir un nuevo triunfo á los alcanzados durante aquel mes de septiembre en Córdoba, Osuna, Loja, Sevilla, Torcal, Málaga y Carmona.

Pero ¿por qué le habían destinado tan de repente á las órdenes de Ballesteros. y por qué Ballesteros

se desprendía de él mandándole á la sierra, en lugar de escoger otro jefe?

Esto es lo que Espinosa no comprendía por entonces. No conocía á Ballesteros lo bastante para hacerle presente su extrañeza, pero sí era harto amigo del príncipe de Anglona para pedirle una aclaración, suponiéndole enterado de algo.

El bizarrísimo Girón le había mirado, sonriéndose tristemente, y le dijo:

—Ya lo sabréis más tarde, mi querido brigadier; pero todo lo que os pasa debéis atribuirlo al alto concepto en que sois tenido como militar ordenancista y leal caballero.

No queriendo saber más, pero vislumbrando algo, prometióse Espinosa estar á la mira de cuanto ocurriese en Granada, si bien haciendo de los franceses su principal objetivo.

II

Espinosa había decidido fijarse en los Dientes de la Vieja para llevar adelante su propósito.

Era aquella la parte más enriscada de la sierra, y tan configurada extrañamente que parecía, desde el río, un hacinamiento de titánicos monumentos.

Las tropas estaban emboscadas en los matorrales y detrás de las rocas, atento todo el mundo á la señal de fuego.

Pasóse así toda una mañana, lluviosa en extremo. Al mediodía salió el sol, y vióse venir á un hombre á caballo, rendidos los dos de fatiga.

—Es Villarias,—dijo Diego López á Espinosa.

—Él es, verdad. ¿Qué vendrá á decirnos ese guía?

—Pertenece ahora á mi partida.

—Le creo mozo de provecho,—repuso el brigadier.

Era, en efecto, Fidel, lleno de barro, sin aliento, reventado el caballo.

Dirigióse á Espinosa y dijo:

—Mi brigadier, los franceses están á la vuelta.

Al cabo de un momento apareció la cabeza de la columna en la falda de los cerros.

Los soldados, inmóviles, estaban todos tendidos en el suelo.

Los flanqueadores franceses empezaron á subir las agrias pendientes en cuyas cumbres estaban apostados los españoles. Sin embargo, no llegaron tan arriba, y así fué desembocando todo el grueso de la división.

Espinosa mandó entonces tocar á ataque, y, colocándose á la cabeza de su gente, se precipitó monte abajo, arrollando á los flanqueadores y empezando las descargas.

Aquellos soldados, que parecían haber brotado de la tierra, arrebatados por el ejemplo de su jefe, entusiasmados al ver el destrozo que causaban y alentados con el pánico que se había apoderado de los franceses, acabaron por abandonar del todo la montaña, mezclándose entre las filas de los contrarios.

Diego López veía siempre á Fidel, que, trabuco en mano y la navaja entre dientes, sembraba el estrago entre los enemigos.

De pronto desapareció en la confusión. El combate no era ya á tiros, sino á arma blanca.

El desorden introducido en la columna era terrible. Las faldas de los cerros estaban cubiertas de cadáveres franceses, y veíase escapar á los franceses en opuestas direcciones.

El azoramiento causado no era menor que las pérdidas sufridas. Por fin vino la noche en auxilio de Soult, que sólo así pudo escapar á una total destrucción.

Los nuestrós encendieron hogueras en lo alto de las colinas.

Los Dientes de la Vieja parecían, desde Sierra Nevada, un volcán cada uno.

III

Fidel Villarias no parecía.

Diego creyó que había querido cumplir su palabra de hacerse matar, y no pudo reprimir un sentimiento de lástima y como cierto remordimiento.

Sin embargo, no le duró mucho semejante estado, pues Villarias compareció á media noche en el vivac.

López había mandado se le diese noticia si por acaso volvía, y, cumpliendo la guardia la consigna, despertaron al capitán, que dormía echado en el suelo, apoyada la cabeza en un montón de yerbas.

—¡Villarias!—exclamó.

—Presente, mi capitán,—repuso el joven.

—¿Tenéis novedad?

—No, mi capitán.

Fidel no decía la verdad, pues traía un profundo sablazo en la cabeza.

—Me alegro, pues,—continuó diciendo López.—Os he visto, y es inútil deciros que os propongo para la cruz de San Fernando, además de nombraros cabo.

—No lo merezco, mi capitán.

—Sí. Pero ¿qué tenéis?

Fidel, desvanecido, había tenido que sentarse y luego echarse en el suelo.

—¡Voto al demonio! ¡Estáis herido!

—No es nada.

—¡Eh! ¡Guardia! ¡Luz, luz!

Al punto comparecieron varios soldados, que se apresuraron á encender una hoguera.

López vió el estado de Villarias y le dijo:

—Vamos: no será cosa de cuidado; pero tenéis que dejar de prestar servicio. Os mandaremos á Granada, y allí acabaréis de poneros bien; pero, entretanto, hay que hacer algo.

Mandóse llamar á uno de los cirujanos que había en cada regimiento, y, después de curarle de primera intención, manifestó que no era herida peligrosa.

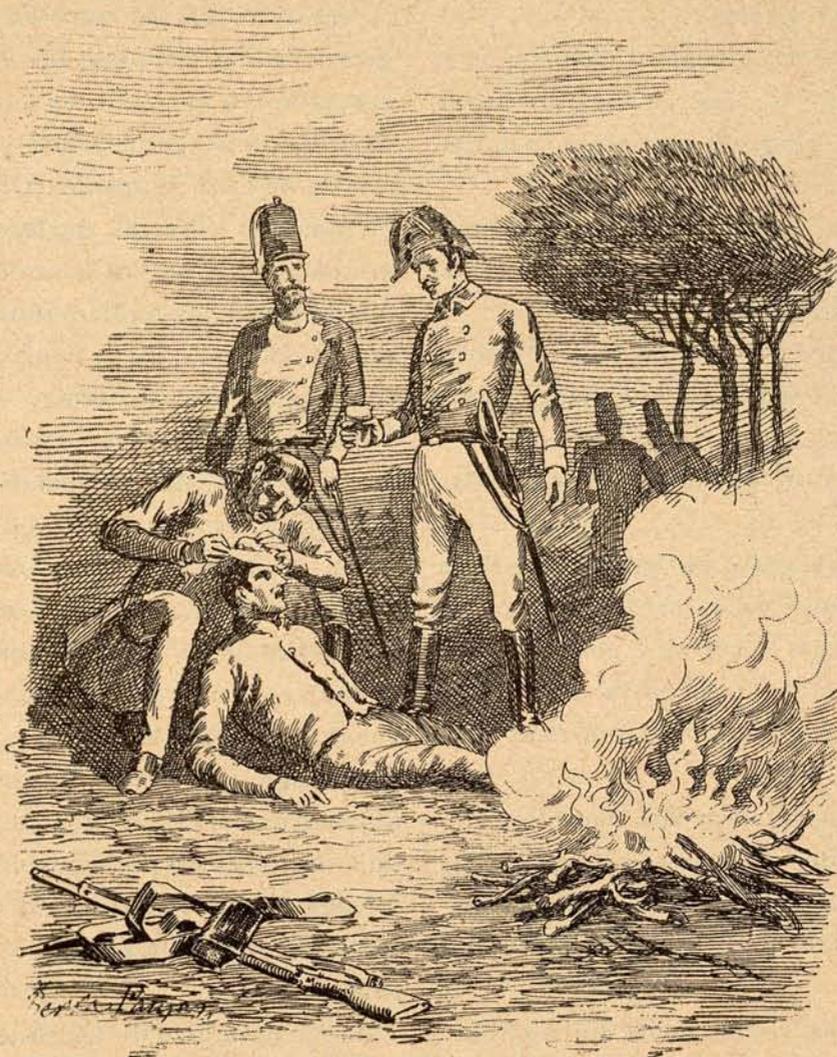
Fidel se resistió á que se le extrajese la bala, alegando que no quería dejar la partida.

—Tiempo habrá para todo, señor teniente,—dijo entonces, presentándose de pronto, Espinosa, que iba de ronda.—A vos se debe en mucha parte el éxito de la acción, y, además, se ha encontrado esto, que supongo os pertenece.

Eran unas insignias de teniente de ingenieros, una cartera y una cruz de la Legión de Honor.

—Lo habéis dejado caer cuando habéis respondido al *¿Quién vive?* del centinela,—repuso Espinosa,—y me lo han entregado. Ahí os lo devuelvo: bien ganado lo tenéis.

Así que alboreaba púsose en marcha la columna, entrando Espinosa en Granada al frente de sus regimientos y conduciendo numerosos prisioneros.



—Tiempo habrá para todo, señor teniente...

Diego López siguió en la vida de guerrillero y consintió en que Villarias no pasase al hospital.

Fidel lucía los galones de teniente que había arrancado del cadáver de un oficial de ingenieros francés, muerto por su propia mano y en otro tiempo amo suyo.

IV

No tardó mucho Villarias en estar restablecido, y únicamente hasta entonces no se acordó de registrar su maleta en busca de la cartera de que había

despojado al teniente francés, como trofeo de su acción.

Nadie sabía, sin embargo, que el teniente había sido muerto en duelo singular.

Villarias había preguntado durante la refriega á un *voltigeur* por el teniente Leblond, pretextando tener que revelarle un importante secreto.

Y es el caso que Villarias no mentía al hablar así.

No tardó en encontrar al teniente, hijo de un alto dignatario de la corte imperial, el cual le reconoció al momento.

—Gabriela es mi prometida,—le había dicho Villarias de buenas á primeras.—Hago mía la reparación del ultraje de que fui cómplice. Ella me ama, me quiere, y lo ha probado. Lo que en vos fué un delito, en mí ha sido un compromiso de honor. Sacad la espada y batámonos. Yo traigo otra mejor aún que la vuestra. Era de un coronel á quien he hundido en el corazón mi navaja hasta el mango.

—¡Villano!—exclamó Leblond.

Los dos aceros chocaron, lanzando chispas; pero después de dos encuentros caía al suelo Leblond, bañado en un mar de sangre y muriendo instantáneamente.

Villarias le había atravesado el cuello, rompiendo la carótida y la yugular izquierdas. Su espada de dos filos había obrado como un hacha.

Apoderóse de los objetos ya dichos y, sin reparar en que se encontraba en medio de la refriega, atravesó sin precaución alguna el campo de batalla.

De pronto un violento golpe en la cabeza le hizo volver en sí.

Un húsar había descargado un sablazo sobre su cabeza. Villarias, irritado, había arrojado de su caballo al agresor, le había muerto, y con su mismo caballo había atravesado el sitio de la acción, llegando al pie de los cerros cuando estaba todo para terminar.

Sin embargo, la hemorragia era considerable, Fidel se sentía debilitado, y, como el caballo empezara á dar terribles saltos de carnero, no tuvo fuerza y serenidad bastante, y á la cuarta vez fué despedido de la silla.

Durante cuatro horas permaneció sin sentido, hasta que el frío de la noche le hizo volver en sí.

Entonces fué cuando, columbrando las hogueras del vivac de los españoles, se había dirigido hacia las alturas que ocupaban los vencedores.

V

Decíamos que cuando Fidel Villarias estuvo restablecido se había acordado de la cartera del teniente Leblond.

Sucedía esto á fines de septiembre, en la sierra de Torcal, guarida predilecta de Diego López, no porque tuviesen otra vez que acontecer allí nuevos hechos de armas, sino porque el capitán estaba enamorado de aquellas pintorescas breñas y aquellas

extrañísimas rocas, que parecen labradas por los ciclopes.

Fidel encontró dentro de la bolsa muchos papeles y retratos y un montón de brillantes.

Los papeles eran cartas de cierta princesa imperial, tan célebre por su hermosura como por sus devaneos; la misma á quien Napoleón llamaba la *reine des colifichets*.

Más aún. ¡Cartas amorosas de la princesa de Lugano! Estaba visto que Encarnación Díez no podía remediar su afición á los subalternos. De esta manera Leblond venía á ser el lugarteniente del furriel y de Luis Belmonte. ¡Oh! ¡Cuántos celos estaba en mano de Villarias darles á aquellas condesas y mariscalas, si así se le antojaba, al hacerles ver que Leblond las había olvidado por una pobre costurera de Sevilla, á la cual había amado, sin duda, con más ardor que á ellas!

Había aún más correspondencia. Cartas de un primo de Leblond, general de división, mostrándose resuelto á pegarse un tiro en vista de los desdenes de la condesa de Latour-Duchesne (4 enero 1812); algunas de cierto capitán Conrado Walewsky, pintándole su dicha y las incomparables cualidades de su mujer Aurora de Osorio, adorada por todos los vasallos que el conde tenía en Kcwno; y otras de un llamado Lanjuinais, que se hacía lenguas de una tal Andrea de Villafranca, una extremeña convertida de pronto en parisiense.

Nada de esto le interesaba á Villarias, por lo cual resolvió entregar á Diego López todos aquellos papeles.

Mayor caso hizo de los brillantes, que eran muchos y gruesos.

Sin embargo, encontró en el fondo de la cartera un papel singular, escrito en caracteres ininteligibles; pero no era ésta la única extrañeza, sino que además contenía un magnífico retrato en miniatura representando una hermosísima mujer, con el cabello cortado y rizado y vestida con un traje verdaderamente escultural.

—¡Diablo!—exclamó Villarias.—¿A qué otra cara se parece la de esta mujer?

Y, después de mucho reflexionar, cayó en la cuenta de que se parecía mucho, sí, indudablemente, que se parecía mucho al ogro de Córcega, pero con toda la diferencia que puede existir entre la mujer más hermosa de la época y su hermano.

Más tarde supo Villarias que aquel retrato era el de la princesa P***.

Decididamente Leblond era un antecesor del *Don Juan de Zorrilla*.

VI

Al comenzar octubre recibió Diego López un oficio de Espinosa previniéndole que sin pérdida de tiempo se presentase en Granada con toda la partida.

Sabiase que lord Wellington y Castaños estaban por entonces poniendo sitio al castillo de Burgos, ocupado por los franceses.

El verdadero centro de las operaciones activas y regulares de la guerra era el ejército aliado anglo-portugués que al mando del duque de Ciudad Rodrigo había alcanzado la brillante victoria de los Arapiles, y este fué el motivo porque muchos diputados creyeron del caso deber proponer se confiese á lord Wellington el mando en jefe de todas las fuerzas que operaban contra el invasor.

Presentóse, pues, la proposición, firmada, entre otros, por D. Andrés Angel de la Vega, Toreno, Argüelles, Calatrava, Golfín y Martínez de la Rosa, reuniéndose el Congreso en sesión secreta.

Atacó violentamente la idea de aquellos dignos diputados el que lo era por Cataluña D. Jaime Creus, futuro arzobispo de Tarragona, cuyo retrato estará hecho con decir que fué el modelo del célebre Caixal, tristemente célebre en nuestras discordias civiles.

Defendió la proposición D. Francisco Ciscar, y votóse, siendo aprobada.

Los únicos que no estuvieron contentos con la resolución que acababa de tomarse eran los afrancesados y algunos generales, envidiosos ó celosos de la fortuna que acompañaba al duque.

Figuraba á la cabeza de éstos el siempre descontentadizo Ballesteros, improvisado general desde simple capitán retirado y visitador de rentas, y el cual, á pesar de algunos felices éxitos conseguidos, tenía algo, y aun algos, en su hoja de servicios merecedor de severísima censura.

Era, con todo, muy popular Ballesteros, y sus murmuraciones acerca de los ingleses complacían al vulgo, siempre opuesto naturalmente á toda intervención extranjera, por útil y eficaz que fuese ésta

por aquel entonces en la contienda que sosteníamos contra el inmenso poder del capitán del siglo.

Dirigió, pues, Ballesteros un oficio á la Regencia, ni muy comedido ni muy exacto en lo tocante á la reseña de los servicios prestados por él, requiriendo que antes de conferirse á Wellington el cargo de general en jefe se consultase á los ejércitos y al pueblo español, para retirarse él á su casa si por ventura fuese aprobada por aquella especie de plebiscito el proyectado nombramiento.

VII

Así que la Regencia recibió la inconveniente comunicación de Ballesteros decidió separarle inmediatamente de la capitania general de Andalucía, enviando al efecto á Granada á un oficial de artillería, portador de pliegos firmados en blanco para los futuros nombramientos de jefes.

Correspondía el mando al brigadier Virués, segundo de Ballesteros; pero no admitiendo la pesada carga que se trataba de echarle, hubo que recurrir á D. Pedro Téllez Girón, príncipe de Anglona, cuya lealtad, firmeza de carácter y sano juicio eran universalmente reconocidos.

Estaba al frente de los guardias españoles Espinosa, y esto era una garantía de absoluta subordinación, contándose además con Diego López para defender, en caso de resistencia, las órdenes del Gobierno.

Ballesteros trató de apoyarse en sus tropas; pero al ver éstas la actitud de los guardias españoles, no quisieron secundarle en su *pronunciamento*, y así tuvo que dejar el mando, siendo desterrado á Ceuta.

Es seguro que sin la decidida actitud de los guardias y la energía de Girón hubiera tenido que lamentarse el escandaloso espectáculo de un general español resistiendo violentamente las órdenes de la Regencia, y aumentando así la debilidad de los medios de defensa de la nación contra el francés.

Desde Granada á Ceuta dió rienda suelta Ballesteros á sus poco meditadas murmuraciones contra la Regencia, las Cortes y los ingleses; motivo por el cual se continuó formándole la causa á que se le tenía sujeto, y de la cual salió bien por la noble conducta que con él observó el príncipe de Anglona, que calló todo cuanto pudiese perjudicarle y le fa-

voreció en toda la extensión que pudo. Conducta más loable si se tiene en cuenta que D. Pedro Téllez Girón estaba, con motivo, disgustadísimo de Ballesteros por el modo como había procedido antes con él.

Entonces comprendió Espinosa por qué le habían enviado á Granada.

Era menester un jefe leal á toda prueba, y, aunque todos lo fuesen, sabíase de él que era el tipo acabado de la subordinación y la disciplina.

VIII

Andalucía había quedado libre de franceses, pero no eran tan buenas las noticias que se recibían de Burgos.

Después de varios escalamientos, asaltos y tentativas de voladuras, los aliados habían tenido que descercar el castillo.

Más de un mes se había invertido en aquella malograda empresa, siendo así que, bien preparados los ingleses, hubieran debido apoderarse de la fortaleza al cabo de ocho días, según los inteligentes. Por segunda vez se encontraba Wellington defraudado por su desdeñoso desprecio á la resistencia de las obras en que se amparaban los franceses, antes en Salamanca y ahora en Burgos.

La orgullosa altivez británica perjudicaba al ilustre duque, y á costa suya aprendía que algo valían las fortificaciones españolas, y más aún en poder de los imperialistas.

Veamos ahora lo que sucedía por la parte de levante.

Reunidos los ejércitos franceses en Fuente la Higuera, conferenciaron José, Soult, Jourdan y Suchet, y decidieron que este último siguiese en Valencia, y que José, con Soult y Jourdan, tomase la vuelta de Madrid.

Avisados nuestros caros aliados de semejante movimiento, evacuaron la capital, haciendo volar el general Hill la Casa de la China, fábrica inapreciable de primorosísimas porcelanas dignas de competir con las de Sèvres, según puede verse por las muestras subsistentes hoy en los palacios de Oriente, Aranjuez y San Ildefonso. Así destruyeron aquellos buenos amigos una joya peregrina de nuestra industria.

Verdad es que lo hicieron con su cuenta y razón... comercial, ya que no estratégica.

Hill fué á reunirse con Wellington, que, marchando en retirada hacia Portugal, se encontraba á la sazón en Alba de Tormes. Iban con Hill, además de los anglo-portugueses, algunas divisiones del ejército español de Extremadura. Las otras, al mando de Elío, quedáronse en la Mancha, incorporándose luego á ellas las de Valencia y Murcia.

José entró de nuevo en Madrid la tarde del día de difuntos, en ocasión en que estaban doblando fúnebremente las campanas de todas las parroquias.

Conviene aquí que estampemos el nombre de un insigne patricio, del que mientras Madrid estuvo huérfano de autoridades, una vez fuera los ingleses, evitó los gravísimos males que hubieran acaecido entregada la población á sí misma en tan terribles circunstancias, *D. Pedro Sainz de Baranda*, que, movido sólo de su patriotismo, se puso al frente de todo, erigido en guardián del orden, las vidas y las haciendas de los moradores de Madrid.

Ausente de nuevo José el día 7, volvió Baranda á ocupar su puesto de honor, portándose no menos admirablemente y hallando recursos con que satisfacer las excesivas exigencias pecuniarias de los guerrilleros que se presentaron y las no menos exorbitantes del general Bassecourt, que compareció también allí el día 11.

Grande, sí, inmenso, fué el servicio prestado por aquel modesto y honrado patricio, que con sus enérgicas y atinadas disposiciones logró destruir las maquinaciones de los que iban á aprovecharse de aquellas tristes circunstancias para ocasionar amargos días de luto á la abandonada capital.

IX

Unido Wellington con Castaños, Porlier y D. Julián Sánchez, continuó en su retirada, repasando sucesivamente el Duero y el Tormes, acompañada la marcha por lamentables privaciones, y más lamentables desórdenes todavía por parte de los ingleses.

Señalemos un cómico incidente ocurrido cerca de Tamames, el cual prueba que no son sólo los batanes los que pueden infundir en España pavor en los más esforzados pechos, como sucedió al gran hidalgo manchego.

Fué el caso que, habiendo vivaqueado los aliados

en un bosque y persuadidos, como era la verdad, de que venían tras de ellos los franceses, oyeron al amanecer extraños rumores y confusos gritos que partían de los vecinos encinares. Creyeron todos que aquellas voces procedían del enemigo, y así rompió la retaguardia un vivo fuego de fusilería, que, con general extrañeza, no fué contestado en lo más mínimo, hasta que, reconocido el terreno, resultó que la causa de aquel espantable rumor no eran ciertamente los belicosos guerreros del Imperio, sino unas piaras de inofensivos cerdos que por allí pacían, y que en gran número quedaron cadáveres sobre el campo de batalla. Corridos quedaron con el *quid pro quo* aquellos cazadores de nueva especie, echándose unos á otros la culpa de tan inaudita contienda.

Wellington se enojó, haciéndole muy poca gracia lo que había pasado y murmurando entre dientes:

—¡*Shoking!*

Aquel incidente fué causa de que se entibiaran bastante las relaciones entre los españoles y sus aliados, por lo cual, una vez estuvieron todos en Portugal, tornóse Porlier á Asturias, Castaños se situó de nuevo en el Vierzo, y el ejército de Extremadura fué á acuartelarse en Cáceres, tomando Wellington los suyos en el reino lusitano.

Wellington se preparaba: tenía esparcidas sus tropas de manera que á la menor señal pudiesen reconcentrarse. La retirada emprendida había sido un verdadero ardid, digno de su talento. El zorro inglés sabía más que todos los chacales bonapartistas, y pronto debía tomar el desquite.

José volvió á entrar en Madrid el 7 de diciembre, acabando la corte por convertirse en unos verdaderos órganos de Móstoles, según el pavor, la confusión, el barullo y la desconfianza de los unos, por comprometidos con los unos, y de los otros, por amigos probados de los otros. Aquellas idas y venidas, aquellas oscilaciones que sufría el valimiento de cada uno de ambos bandos según se acercaban y entaban los guerrilleros ó regresaba Pepe Botellas, habían acabado por equilibrar en igual inestable confianza españoles y afrancesados, aunque en último resultado todo se resumía en contribuciones más y más onerosas. Pepe Botellas mandó que la gente se divirtiera tres días seguidos, y unos lo hicieron y otros no; aunque, de todas maneras, ya no experimentaban los madrileños aquel enconado odio de antes contra los franceses, ni éstos se permitían los

atropellos que en otro tiempo contra los moradores, vista la mudable fortuna de las armas.

X

Wellington dirigió una circular á sus divisionarios que es la mejor comprobación de los hechos á que antes nos hemos referido á proposito de la retirada de los aliados. «La reputación del ejército de mi mando,—decía el Duque de Hierro,—en la última campaña, ha decaído á tal punto que nunca he visto ni leído semejante cosa. Sin tener por disculpa desastres ni lamentables privaciones... se han cometido desmanes y excesos de toda especie y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido...»

Achacaba Wellington la culpa de todo al descuido de los oficiales de los regimientos; y como sabían que las circulares del duque no eran palabras vacías, como sucede en ciertas partes, sino que eran advertencias muy serias y formales, atendieron en un todo á las prevenciones que en su severo y seco estilo les dirigió Wellington, corrigiéndose todos con presteza maravillosa.

A primeros de diciembre salió Wellington para Cádiz al objeto de conferenciar con la Regencia acerca de la campaña que debía empezar la próxima primavera de 1813.

El duque llevó consigo á su estado mayor, en el cual figuraban Méndez y Fraser.

El bizarro teniente coronel tuvo, pues, el placer de reunirse otra vez con Espinosa, que se encontraba en Cádiz desde que desbarató el célebre conato de pronunciamiento de Ballesteros, igualmente que Diego López.

Este había entregado ya á Espinosa las cartas halladas por Villarias en la maleta del teniente Leblond.

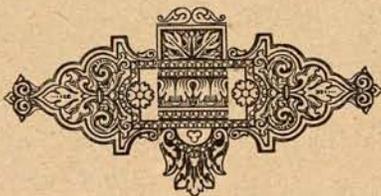
Espinosa las leyó todas atentamente, convenciéndose de que Rosario le había amado sin cesar una vez pasado el primer arrebató de celos; que Encarnación Díez era siempre, á pesar de sus títulos, la mesonerilla de Mansilla de las Mulas; que Octavio de Saligny era un dignísimo caballero; que la condesa de la Chategneraie era una locuela; que la princesa P*** había hecho bien en hacerse retratar desnuda por el escultor Canova; que Aurora, la hermana de Estrella, tenía disculpa en haber amado

tanto á Conrado Walowsky, ya que éste la amaba tanto á ella; y que, finalmente, el más feliz de todos era él, casado con una mujer como la que tenía.

Razón tenía en esto el bravo brigadier; pero de

fijo que si le hubiese oído el dueño de la cartera le hubiese dicho:

—Alto, señor mío, que nadie hay tan feliz en este mundo como el marido de Gabriela.



CAPÍTULO X

Polémica

I

AUNQUE D. Serapio Dalmau y D. Julián Palomeque seguían siendo amigos, imitando en esto el ejemplo y obedeciendo las indicaciones de sus respectivas amas y señoras D.^a Leonor de Toledo, duquesa de Orgiva, y D.^a Brianda de Guzmán, condesa de Torrenegra, eran, sin embargo, más empeñadas y violentas de cada día sus disputas, como que don Serapio se había decididamente declarado *reformador*, y *antirreformador* D. Julián.

—¡De veras me hace V. mucha gracia, Sr. Palomeque!—exclamaba el ex farmacéutico, encendidos los ojos y triturando entre índice y el pulgar una dracma, cuando menos, de polvos de rapé.—Sí, de veras: ¡mucha gracia! ¿Conque no es esa una gran medida? ¿Conque es un disparate convertir en propietarios á tantos como hoy carecen de todo recurso?

—Pero, hombre,—respondía D. Julián,—¿estamos hablando junto al surtidor de la plaza del Carmen ó se figura V. que nos encontramos en las Batuecas? Digo y sostengo que es un verdadero desatino, como tantos otros, lo que acaban de decretar las Cortes; que la venta de los baldíos y propios no producirá un cuarto, y que no es dando tierras á los soldados, clases y oficiales, como ha de prosperar la labranza (entonces la agricultura se llamaba labranza). Mire V. que yo sé de qué pie se cojea en el particular. El *quid*, el toque, la cuestión, está, no en cultivar

mucho, sino en cultivar bien, y esto no se logrará dando terrenos á cuatro pelafustanes, sino procurando que los hombres acaudalados, los propietarios pudientes, los ricos, en fin, quieran hacerlo. V. cree que siendo todo el mundo propietario de unas cuantas fanegas de tierra está remediada ya España. Pues yo le digo á V. que se equivoca lastimosamente. Sin capital, un propietario no es nada. Dele V., á uno de esos que piden ahí á la puerta del convento, un jornal de tierra, y á ver qué hará, á ver cómo se las compondrá para sembrar, para labrar, para recolectar, para estar siempre á la mira de lo que le conviene más plantar; á ver cómo, sin medios, se sale del paso y saca provecho de la tierra baldía que le regale V.

—No quiero disputar con V. sobre eso, D. Julián, porque hartó se ve que le hace á V. hablar el cargo que desempeña de administrador de la señora condesa, dueña de media Mancha: sólo, sí, deseo rectificar su dicho de que las Cortes no hacen más que disparatar. ¿Dónde me deja V. esa gran medida tocante á la abolición del *voto de Santiago* que acaba ahora de decretarse con universal aplauso? Respeto sus opiniones de V., D. Julián; pero mucho me hubiera gustado que hubiese V. oído á Villanueva, al P. Villanueva, afirmando, en medio de las aclamaciones de los señores diputados, que *el origen del*

voto era una vergonzosa fábula, tejida con artificio y astucia bajo la máscara de la piedad y la religión, abusando descaradamente de la ignorancia y credulidad de los pueblos.

Como la abolición del voto de Santiago traía consigo un gran alivio para los labradores, pues consistía en pechar cierta cantidad del mejor pan y el mejor vino, cuyo pecho importaba muchos millones en toda España, D. Julián Palomeque no se dió por entendido, ya porque estuviera convencido tal vez de que el diploma atribuido á D. Ramiro I de León, (872 años después de la era cesariana) era una superchería, ó ya porque se hubiese enterado del memorial elevado en 1770 á Carlos III por el duque de Arcos, pariente de la condesa, sobre igual materia, pidiendo la abolición de aquel sacadinerio.

II

Al ver D. Serapio que su amigo parecía asentir á lo hecho por los diputados, dióse una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ah! Vamos: supongo que estará V. agradecido á las Cortes porque han declarado á Santa Teresa de Jesús patrona de España, por lo cual les perdona la abolición del voto de aquel santo, que, según dicen los herejes, jamás puso los pies en España.

—No, señor,—contestó secamente D. Julián.—No crea V. que me haya halagado mucho semejante decreto. Para mí no hay más patrón de España que Santiago. Eso se ha hecho para dar gusto á los americanos y á esos carmelitas en cuya iglesia se celebraron las ceremonias de la jura de la Constitución.

—Pero, hombre, creo que Santa Teresa...

—Repito á V. que para mí no hay más que Santiago. Esto es un mal precedente, y, si no temiera hablar en términos profanos de las cosas sagradas, le diría á V. que lo creo altamente contrario al espíritu de la ley sálica, de esa gran ley francesa, borbónica, que proscribió de los tronos á las hembras. Por lo demás, no doy importancia á eso, al fin y al cabo pasatiempo de las Cortes para no ocuparse en lo que realmente desea y necesita el país. ¿Dónde me deja V. ese modo de contemporizar con los afrancesados? ¿No hubiera debido acaso fusilarse en seguida á Álava por el escandaloso bando publicado á raíz de la entrada de Wellington en Madrid, predicando paz y conciliación?

—Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere V. que hagan

las Cortes más que lo que hacen en contra de los comprometidos con el intruso? Se les ha echado á todos, hasta á los prelados; se les ha negado el voto, se ha mandado formar causa á los que hubiesen dado motivo para ello, se ha exonerado de sus títulos á los nobles que hubiesen pedido al gobierno intruso el reconocimiento de sus dignidades, y me tiene V. sin ellos á una porción de condes, duques, marqueses y barones, convertidos en caballeros particulares por haber pedido al tuerto la confirmación de sus blasones; se ha sentado fuertemente la mano á esos infames que han comprado bienes nacionales procedentes de los propietarios embargados por el gobierno de Botellas. ¿Qué quiere V. más?

—Pues encuentro en todo eso harta blandura. Yo, todos fusilados.

—D. Julián, se fusila á un hombre, á una docena, se diezma un batallón, pero no se fusila un regimiento; y cuente V. que podrían formarse varias divisiones con los comprometidos con los franceses. Yo, por el contrario, creo que las Cortes se han mostrado demasiado rigurosas, y que, en vez de perseguir á los vencidos con ese espantoso medio de pesquisas, purificaciones ó depuraciones, hubiera sido más político, sí, señor, no vacilo en decirlo, más político, conceder una amplia y generosa *amnistia* á cuantos hoy se ven vejados y expoliados en las provincias que felizmente volvemos á ocupar. Me horroriza todo aquello en que tengan que intervenir los curiales, y para verme perseguido prefiero serlo por un escuadrón de caballería que por una tralla de corchetes y escribanos.

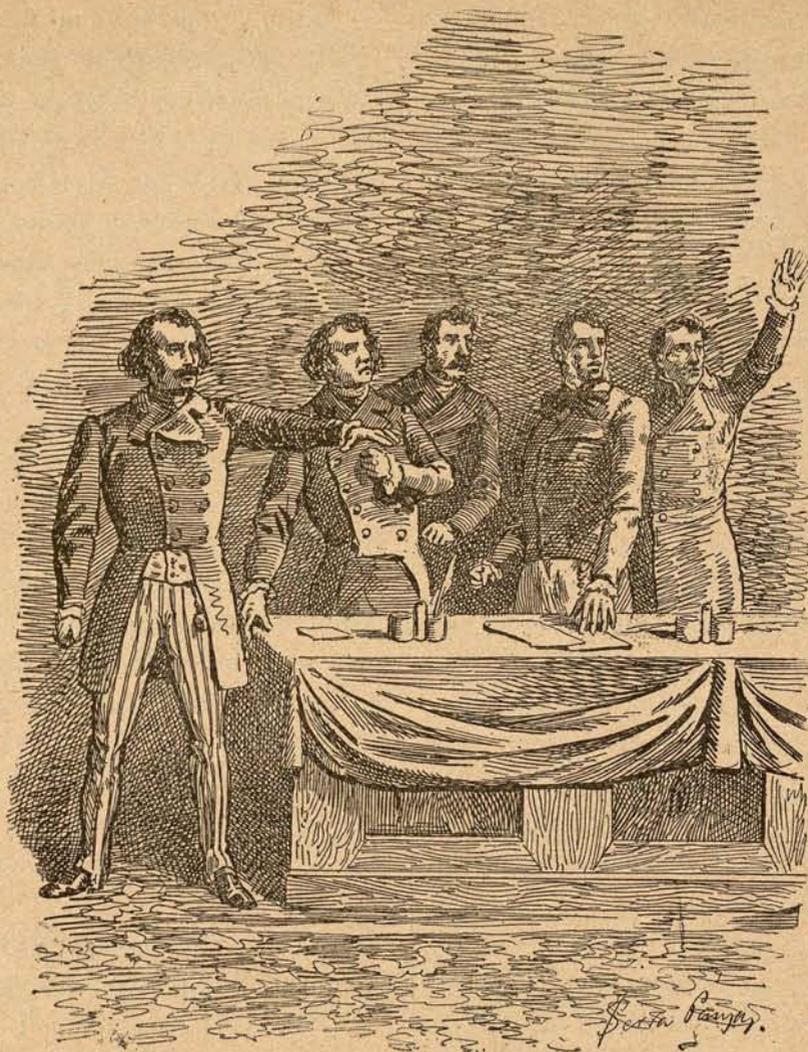
—Basta por hoy, basta por hoy, D. Serapio. Para mañana le espero á V. aquí, y, ya que es V. tan asiduo *galerío*, espero me dará V. cuenta de lo que se diga en las Cortes sobre no sé qué intriga que traen armada los americanos con esa D.^a Carlota. ¡Páreceme imposible que una tan excelsa infanta como la hermana de nuestro celestial Fernando se haya atrevido á felicitar á las Cortes por la promulgación de ese cúmulo de disparates y herejías llamado Constitución!

—Vamos, D. Julián, que otra vez se le va á V. la burra. Calma, hombre, calma, y hasta mañana.

Conviene decir que la serenísima princesa del Brasil, D.^a Carlota, había dirigido desde Río Janeiro una calurosa y ardiente manifestación á las Cortes, llena de enhorabuenas y aplausos y protestas de

adhesión, con motivo de la jura del código político promulgado en Cádiz. «Guardando exactamente la Constitución,—terminaba diciendo la hermana de Fernando,—venceremos y arrollaremos de una vez al tirano usurpador de la Europa.»

Como puede comprenderse, semejante papel, que podía calificarse de verdadera salida de tono, tenía su intríngulis, cuyo intríngulis era su nombramiento como regenta, cuyo negocio tenía por muñidores á varios diputados americanos.



... protestaron agria é impetuosamente...

III

Prometíanse, pues, los *galeros* una sesión interesantísima, cuando les vino á aguar el contento la resolución del presidente D. Andrés Jáuregui, que acababa de tomar posesión de su alto cargo, mensual entonces, manifestando que la sesión iba á ser secreta. Salieron todos los concurrentes de las galerías, y los más obstinados quedáronse esperando en la plaza de San Felipe á que saliesen los diputados para saber *qué había*, pues entonces estaba ya, como

ahora, estereotipada en los labios de los que en política se ocupaban la eterna frase de—*¿Qué hay?*

No tardó un minuto en saberse. El diputado por el Perú, D. Ramón Feliu, hombre extravagante cuanto osado, se había atrevido á apoyar la proposición de la regencia de D.^a Carlota, con el aditamento de que, en vez de dirigirse directamente desde Río Janeiro á Cádiz, pasaria antes á Méjico, para apaciguar desde allí la revuelta de las colonias. Un clamor horrisono acogió las palabras del desventurado y harto desmañado orador, pues se traslució al punto que lo de que se trataba era de convertir

á la tal D.^a Carlota en instrumento de los insurrectos. Los leales españoles que tan dignamente ocupaban los augustos escaños de aquella inmortal asamblea protestaron agría é impetuosamente de la villana intención que movía á Felíu, sin atender á los llamamientos al orden que hacía el presidente, cómplice de los torpes manejos de los separatistas; y así acabó aquello, quedando los americanos completamente hundidos en sus locas aspiraciones. Podían perderse las colonias, pero no con la criminal ayuda de los legisladores de Cádiz. Podían las demás provincias seguir el funesto ejemplo del Río de la Plata, Venezuela, Santa Fe y Cartagena, pero nunca alentadas por la levantada conducta de aquellos sabios y honrados constituyentes cuya veneranda memoria será eternamente bendecida.

IV

Pasaron algunos meses, sin que dejasen apenas un solo día de disputar D. Serapio y D. Julián.

Espinosa seguía en Cádiz. Wellington había llegado allí el 24 de diciembre, procedente de Lisboa, según dijimos ya, y Fraser estaba engolfadísimo en sus amores con D.^a Brianda, que parecía otra desde la llegada del bravo inglés, ocupada todo el día en aderezarse y componerse. La duquesa de Orgiva pensaba en Rusia y leía con no disimulado anhelo los papeles que traían noticias de aquella guerra, y que sabremos un poco más adelante, y, por consiguiente, quedábales tiempo á los dos políticos para echar largos párrafos sobre las Cortes, ya que no se ofrecía ocasión de hablar de la guerra por estar descansando á la vez unos y otros combatientes, que se aprestaban á medir de nuevo sus armas al entrar la primavera.

Era á primeros de febrero de 1813. D. Serapio, sonriente y lleno de no disimulada satisfacción, paseábase bajo los frondosos árboles de la Alameda, cuando vió venir hacia él á D. Julián, lívido, convulso, terrible.

—Por fin, por fin esas Cortes de judíos y herejes han consumado la gran iniquidad, ¡Oh! No me venga V. con bromas, D. Serapio; no me venga V. con bromas, porque le juro á V. que no estoy hoy de humor para aguantar cuchufletas ni chascarrillos. Ha sido una infamia lo que han hecho Vds. Sí, señor: una infamia. Pero descuide V., que Dios ha de

pedirle estrecha cuenta de esa atrocísima perfidia, de ese atentado contra la fe, de esa arma arrojada á nuestros enemigos, que hoy han alcanzado la mayor victoria que jamás hubiesen podido soñar. ¡Oh España! ¡Tu perdición es ya un hecho, tu ruina una triste verdad! ¡Puedes darle gracias á D. Serapio!

—¿Á mí? ¡Pero si yo no soy más que *galerio!*

—Es verdad; pero es como si fuese V. diputado. Para mí lo mismo da V. que ese infernal cura Villanueva, que tiene ojos de demonio con voz que parece de santo. Es V. para mí como Mejía ó como esos apóstatas de sotana de Muñoz Torrero, Ruiz Padrón, Espiga y Oliveros. ¡Qué sacerdotes, Dios mío! ¡Reformadores vendidos al diablo!

—¡Pero, hombre, yo creo que á V. le convendría un poco de antiespasmódico!—exclamó D. Serapio al ver que D. Julián le igualaba á aquellos elocuentísimos diputados, á él, cuyo acento catalán era insoportable y cuya oratoria olía más á Dioscórides que á Demóstenes.

—¿Conque un antiespasmódico, señor mío? No necesito yo antiespasmódicos. Lo que necesito es un quemadero en cada calle y pegar fuego yo mismo á las faginas que devorasen con sus llamas á todos esos francmasones.

—¿Y también á Inguanzo y al P. Riesco?

—¡Eh! Déjese V. de burlas, D. Serapio. Esos dos han sido los mártires, las víctimas de aquella legión de diablos.

—Algunos más habrá, D. Julián. La Inquisición ha sido abolida por 90 votos contra 60.

—¡No lo sabía!—exclamó D. Julián, algo consolado.—¿Conque sesenta señores diputados se han opuesto á la abolición del Santo Oficio?

—Sesenta: ni más ni menos. Pero, además, no debe entregarse á V. fijar tales extremos cuando se instituye en cada diócesis un *Tribunal protector de la Fe*. Por cierto que el diputado Serra, cura también, pronunció un excelente discurso en apoyo de la jurisdicción episcopal. Ya ve V. cómo hago justicia á nuestros adversarios cuando tienen el saber y la modestia del Sr. Serra.

—Esos tribunales protectores de la fe son una añagaza para hacerse perdonar el gran crimen cometido suprimiendo el Tribunal del Santo Oficio. Ya sabía yo eso; pero se equivocan miserablemente los diputados si se figuran que el clero les va á obedecer en esa humillante, en esa indecorosa prescripción de

que se lea en las parroquias tres domingos consecutivos el *Decreto de abolición de la Inquisición y establecimiento de tribunales protectores de la Fe*, todo en una pieza, y aun, para hacer más horrendo el escarnio, previniendo que se lea antes del ofertorio. ¡Me parece que sí! En fin, D. Serapio, al freir será el reír.

—Pues *rira bien qui rira le dernier*, D. Julián,—contestó secamente D. Serapio.

Y los dos sesudos varones se retiraron sin despedirse, cual si desde entonces se hubiesen convertido en irreconciliables enemigos.

V

No le faltaba razón á D. Julián para emplear el tono amenazador que habia usado. El asunto de la Inquisición estaba dando margen á gravísimos temores.

Corría válida la voz de que la Regencia iba á disolver, ó, por mejor decir, á suprimir las Cortes, publicando en este sentido descarados artículos los periódicos antirreformadores y dando suelta á su lengua algunos ministros, entre ellos aquel célebre D. José Carvajal, que lo era de la Guerra, y á quien vimos echar á correr de Aragón después de haber establecido unas monumentales oficinas; *hombre desafortunado y de fofo y mermado seso*, dice Toreno, y que tal vez por esto llegó á ser ministro en España.

Otros indicios corroboraban además que se tramaba algo, y era que habia llegado O'Donnell, el de La Bisbal, que habia renunciado lleno de coraje el cargo de regente cuando el desaguizado de su hermano D. José en Castalla, presumiendo todos, no que fuese capaz de hacer lo que hizo el año 20, pero sí que era hombre tornadizo y ambicioso, á pesar de los servicios prestados en la guerra, y pajarraco de mal agüero.

Puso colmo á semejantes temores el ver que habia sido separado del cargo de gobernador de Cádiz el dignísimo, el integérrimo, el leal, caballeroso y honrado general de marina D. Cayetano Valdés, varón digno de Plutarco y verdadero trasunto de un don Álvaro de Bazán ó un Antonio de Leiva, dándole por sucesor al sospechosísimo D. José María Alós, entregado enteramente á los antirreformadores.

Sin embargo, no era el motivo que presumía el público el que originó la separación del dignísimo

gobernador. Era que D. Cayetano Valdés, sabedor de que el clero de Cádiz se habia conjurado para no leer, como estaba mandado, el decreto de abolición de la Inquisición, hubiera tomado contra los rebeldes alguna medida propia de su carácter grave y entero, y la Regencia se entendía bajo cuerda con los párrocos para que no se llevase á efecto la lectura.

VI

Llegó en esto la sesión del lunes y se dirigió una interpelación al Gobierno sobre la desobediencia de la clerigalla. Tomó la palabra el Sr. Terán, conmovido y afectadísimo, y exclamó:—¡Ojalá se hubiese tenido siempre el respeto y decoro debidos á tan santos lugares y no se hubiese profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo alabando... ¿á quién?... al perverso Godoy, á ese infame favorito símbolo de la inmoralidad y corrupción que ha precipitado á la nación en un abismo de males! ¿Profanación de templo por leer un decreto de V. M., cuando hemos visto colocar el inmundo retrato de aquel privado á la derecha del altar mayor? ¿Cómo no lo rehusaron entonces? ¡Ah, señor!—La emoción de Terán era tan vehemente que á mitad del discurso exclamó:—*No puedo más*,—arrasados en lágrimas los ojos.

Acto continuo tomó la palabra el que era con razón llamado *el divino* Argüelles, proponiendo que cesase al momento la Regencia y se formase otra á tenor de lo que prescribía la Constitución, para lo cual debía componerse de los tres consejeros de Estado más antiguos, siendo aprobada la moción del orador por una gran mayoría.

VII

Serían las once de la noche, y estaba en su mayor animación la tertulia que se celebraba en casa de D.^a Margarita, cuando penetró en el salón como una bomba nuestro amigo D. Serapio, radiante de satisfacción.

—Por fin cayó la Regencia del *Quintillo*, señores,—exclamó,—y estamos ya libres de ese envidioso y soberbio Villamil, del mamarracho de Mosquera, del pobre Rivas y del desidiosísimo Infantado, que tan mal lo han hecho. Nada digo de Villavicencio, por-

que se ha portado siempre como un cumplido caballero, á pesar de sus defectos. Ya pueden venir ahora con que si O'Donnell se va ó no á comer crudas á las Cortes, como si se tratara de la Junta de Oviedo que disolvió su hermano. He tenido el gusto de ver cómo acaba de jurar la Regencia, y me parece que no tendremos por qué quejarnos de ella. Verdad es que han puesto de presidente al cardenal de la Escala, que tan calurosamente felicitó á los franceses después del Dos de Mayo; pero como al pobrecito lo han tenido siempre encerrado en seminarios y conventos, cuento que aquello debió hacerlo porque así se lo exigirían. No es tonto, aunque sí muy corto de genio; pero al lado de Agar y Ciscar se portará como debe, y de seguro acabará por ser más echado *pa lante* de lo que es hoy. Vamos: gracias á Dios, habrá cesado ya la desunión entre el poder legislativo y el ejecutivo, que tan insoportable se había hecho últimamente. Ahora sí que todo marchará á pedir de boca.

Estaba presente en el salón un redactor del *Robespierre español* y contestó:

—No faltarán disgustos, con todo, al partido reformador, señor D. Serapio. No se desarma tan fácilmente al partido del fanatismo, y la cuestión de la lectura del decreto sobre la Inquisición dará todavía mucho que entender.

—No lo crea V., señor redactor,—contestó D. Serapio.—No se atreverán ya á rebelarse.

—¿Conque le parece á V. que no? Pues yo le aseguro á V. que sí.

—¿Acaso pertenece V. al partido antirreformador?

—¡Por Dios, D. Serapio! ¿No sabe V. que soy del *Robespierre español*?

—Pues extraño mucho que hable V. de esa manera.

—¡Cómo! ¿Quiere V. que deje de decir que ahora es de noche, si realmente lo es?

—Pero yo no veo tan claro como V. que tengamos que esperar todavía más disgustos de los curas.

El periodista metió mano en las profundidades de las faltriqueras de su casacón y sacó tres ó cuatro folletitos.

—Lea V., lea V., pues, ya que no está V. enterado de la algarada que están levantando los obispos.

D. Serapio leyó uno de los papeles, titulado *Instrucción pastoral al clero y pueblo de sus diócesis*, á cuyo pie iban las firmas de sus ilustrísimas de Lérida,

Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona.

Era, como puede suponerse, una violentísima diatriba contra los diputados que habían votado el decreto de abolición, cebándose especialmente en los virtuosísimos, sabios y grandilocuentes eclesiásticos que habían prestado su concurso á aquella medida. Sus ilustrísimas, olvidando las tradiciones de sus inmortales antecesores del siglo XVI, de quienes decía Melchor Cano al emperador Carlos V: «No fuera mucho que su escuadrón y el de hombres doctos de acá hiciera más espanto en Roma que el ejército de soldados que S. M. allá tiene»; sus ilustrísimas, decimos, mostrándose imbuidos del ultramontanismo más intransigente, declarábase agraviadísimos por la abolición del Santo Oficio, que se vió obligado Carlos V á suprimir, resucitándolo luego Felipe II.

—¡Cosas de ellos!—exclamó D. Serapio.—Pero ¿de cuándo acá tiene ninguno de esos hombres, elevados á la prelación por Godoy, derecho á injuriar á un Muñoz Torrero, á un Oliveros, á un Ruiz Padrón ó á un Villanueva, que vale cada uno por sí tanto como todos ellos reunidos? A eso se atreven porque ven que las Cortes no se decidirán á castigarles; pero de otra manera sonaría el pandero si, en vez de tener enfrente á una asamblea de personas incapaces de toda violencia, debiesen oponerse á una asamblea como la Convención ó á un régimen como el que impera en Francia.

—Pues hay otro que se ha atrevido á mucho más que los que V. sabe.

—¿Y no se le castiga?

—No lo merece.

—¿Que no lo merece? Pues ya vería V. cómo lo arreglaría yo.

—V. tampoco le castigaría, y, si no, lea V. el papel que viene á seguida.

VIII

D. Serapio tomó el opúsculo y por algunos momentos estuvo como si no pudiese comprender.

—¿Qué? ¿Qué dice esto?—exclamó.

Y, fijando de nuevo la vista en la primera página, leyó: *El sin y el con de Dios para con los hombres, y recíprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con, por D. Clemente Pastor de la Montaña*. Coruña, 1813.

—Renuncio á leer el contenido,—repuso horri-

zado D. Serapio, al ver que estaba escrito en octavas, rimas y en asonantes. ¡Pobres gallegos!

—No, señor: *El sin y el con*, etc., no lo ha escrito el prelado de la Coruña, sino el de Santander. Pero, además de todo esto,—siguió diciendo el redactor del *Robespierre*,—tenemos en puerta un complot, cuyo principal director es el Nuncio.

—¡Hombre! ¡Qué lástima que este Sr. Gravina sea hermano del héroe que tan gloriosamente pereció en Trafalgar! Aquél dió muestras de ser un gran carácter, pero éste no es más que un intrigante, que yo, á ser del Gobierno, ya hubiera despedido á cajas destempladas.

—D. Pedro Gravina había escrito, en tiempo de la anterior Regencia, á los obispos de Jaén y otros puntos, pidiéndoles hicieran causa común con el resto del clero para oponerse á la lectura del manifiesto y decreto sobre la Inquisición. Mañana mismo presentará D. Miguel Antonio de Zumalacárregui una proposición para que pasado mañana, domingo, y los dos siguientes, se lea el decreto; y, por consiguiente, pronto veremos si se cumple ó deja de cumplir lo dispuesto por las Cortes, que votarán, indudablemente, lo propuesto por el Sr. Zumalacárregui.

—Pues le prometo á V. que no faltaré á misa mayor, señor redactor.

—Ni yo tampoco, D. Serapio.

IX

Efectivamente, D. Serapio y el *diarista* asistieron el próximo domingo á los oficios de la Catedral, esperando con ansia que llegase el ofertorio.

¡El decreto fué leído!

Nada de particular ocurrió durante su lectura.

—Vamos, más vale así,—dijo D. Serapio á su nuevo amigo, que se llamaba D. Patricio Viedma.

—Veremos, veremos,—repuso el suspicaz redactor del *Robespierre*, siempre á caza de acontecimientos de sensación con que dar interés al periódico.—Aun queda el rabo por desollar. La proposición de Zumalacárregui no comprende solamente la parte que hemos visto que se ha cumplido ya, sino que dispone también que «en lo demás se proceda conforme á las leyes y decretos.» Por lo tanto, hay que proceder contra los que se habían conjurado para desobedecer las órdenes del Gobierno, so pena de dejar

impune un acto de grave rebeldía. El clero no tiene disculpa. En mi pueblo, durante el reinado del favorito, se leían desde el púlpito hasta los reglamentos contra los que entraban tabaco de contrabando. Creo que si así obedecían antes lo que les mandaba el *Choricero*, mejor debían obedecer ahora lo que decretasen las Cortes soberanas.

Así sucedió, en efecto, formándose causa á varios canónigos y ¡oh abominación! suspendiéndoles durante el proceso sus temporalidades. El primer impulso fué de humildad y acatamiento; pero, repuestos un tanto, acudieron los procesados á las Cortes en queja contra el ministro de Gracia y Justicia, Cano Manuel, que lo era ya desde la anterior Regencia, en cuyo tiempo pertenecía y apoyaba á los canónigos, volviéndose su contrario en la nueva situación; conducta falaz y muy imitada en los presentes aciagos tiempos. Cano Manuel se defendió bien, porque sabía hablar perfectamente; pero no pudo disipar la desestimación en que le tuvieron muchos diputados liberales por la doblez con que se había portado. Los canónigos fueron expulsados de Cádiz.

También fué, no expulsado, sino extrañado, el Nuncio, ocupándole sus temporalidades y dándole los pasaportes; conducta que tenía muchos precedentes, habiendo obrado de igual manera monarcas tan cristianos y devotos como Fernando V y Felipe II.

Así acabó aquel negocio, cuya relación hemos creído interesante que figurase en este libro como ejemplo de la alta sabiduría y admirable civismo de las Cortes de Cádiz, que tan perfectamente desempeñaban la ardua misión de dirigir en aquellos turbados tiempos la nave del Estado, haciendo frente lo mismo á los ejércitos invasores que á los rebeldes que se oponían á sus justos y soberanos preceptos.

X

Al principiarse la campaña de la primavera de 1813, el ejército anglo-portugués ocupaba la frontera lusitana que hace cara á Ciudad Rodrigo, siendo considerado como la base de las operaciones de toda la Península.

A derecha é izquierda de dicho ejército se alojaba el 4.º español, al mando de Castaños, convertido en modelo de instrucción y disciplina gracias al esmero

y pericia del jefe de estado mayor D. Pedro Agustín Girón.

Estaba dividido aquel contingente en tres cuerpos, llamados *ala derecha*, *centro* y *ala izquierda*. El 1.º constaba de las divisiones Morillo y España y permanecía en Extremadura y Castilla; el 2.º, de las divisiones Losada, Bárcena y Porlier, y se alojaba en el Vierzo y Asturias; y el 3.º, de las divisiones Longa, ó de Iberia, Mendizábal y Mina. Estas divisiones se llamaban también 1.ª, 2.ª, etc., según el orden en que las hemos nombrado. Había, además, otra de caballería, al mando de Penne Villemur, adscrita generalmente al centro.

Dicho ejército formaba un total de 40,000 hombres, de ellos 3,600 jinetes.

El tercer ejército nacional, mandado por el duque del Parque, constaba de 23,000 hombres y 1,400 caballos, formando tres divisiones de infantería y una de caballería, respectivamente regidas por el príncipe de Anglona, D. Pedro Téllez Girón, el marqués de las Cuevas, Mourgeon y D. Manuel Sisternes. Estaba apostado en Sierra Morena y La Mancha, y se daba la mano con la reserva que organizaba en Andalucía el conde de La Bisbal, la cual constaba ya de 16,000 infantes y 700 caballos.

El 1.º y 2.º ejércitos operaban en Cataluña, Aragón y Valencia, al mando de Copons y Elio, formándose, finalmente, otra reserva en Galicia, bajo la dirección de Lacy.

A su vez tenían los franceses distribuidas sus fuerzas del siguiente modo: *ejército del Mediodía*, al mando de Gazan, situado en Toledo; *del Centro*, al

mando de Drouet d'Erlon, en Madrid; *de Portugal*, ocupando Castilla la Vieja y León, al mando de José, que fué á residir en Valladolid y tomó la dirección de todas las fuerzas una vez hubo marchado á Francia el mariscal Soult, llamado por Napoleón para destinarle á la guerra de Alemania; y *del Norte*, al mando de Caffareli, con residencia, ya en Vitoria, ya en Burgos.

El total de estos cuatro ejércitos no ascendía más que á 89,000 hombres con 7,000 caballos, siendo debida semejante merma al continuo envío de socorros á Napoleón. Soult solo se llevó más de 6,000 hombres.

Tal era la situación respectiva de los dos ejércitos en marzo de 1813.

XI

En vista de la nueva campaña que se preparaba, debieron salir para ir á ocupar su puesto los valientes militares que tenían en Cádiz sus amores ó sus recuerdos. Espinosa fué destinado á las órdenes de D. Pablo Morillo, juntamente con Méndez; Fraser siguió á lord Wellington, y Diego López y Fidel Villarias formaron parte del ejército de reserva que organizaba O'Donnell.

Triste quedó Estrella, triste la condesa Brianda y triste Gabriela.

En cambio la duquesa de Orgiva estaba muy alegre. Empero, para saber de qué procedía su contento, conviene que retrocedamos algunos meses atrás, cuando Miranda y Revoredo partieron á tomar parte en la guerra de Rusia.

